

Poderes y Contestación (Reseña teórico-metodológica)	Título
Archila Neira, Mauricio - Autor/a	Autor(es)
En: Controversia no. 173. (diciembre 1998).Bogotá : CINEP, 1998.	En:
Bogotá	Lugar
Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP)	Editorial/Editor
1998	Fecha
	Colección
Política; Estado; Luchas sociales; Movimientos sociales; Acción social colectiva; Protesta social; Cultura; Hegemonía; América del Norte; América Latina; Europa;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100917084715/poderesycontestacionresenateoricometodologicaControversiaNo173.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

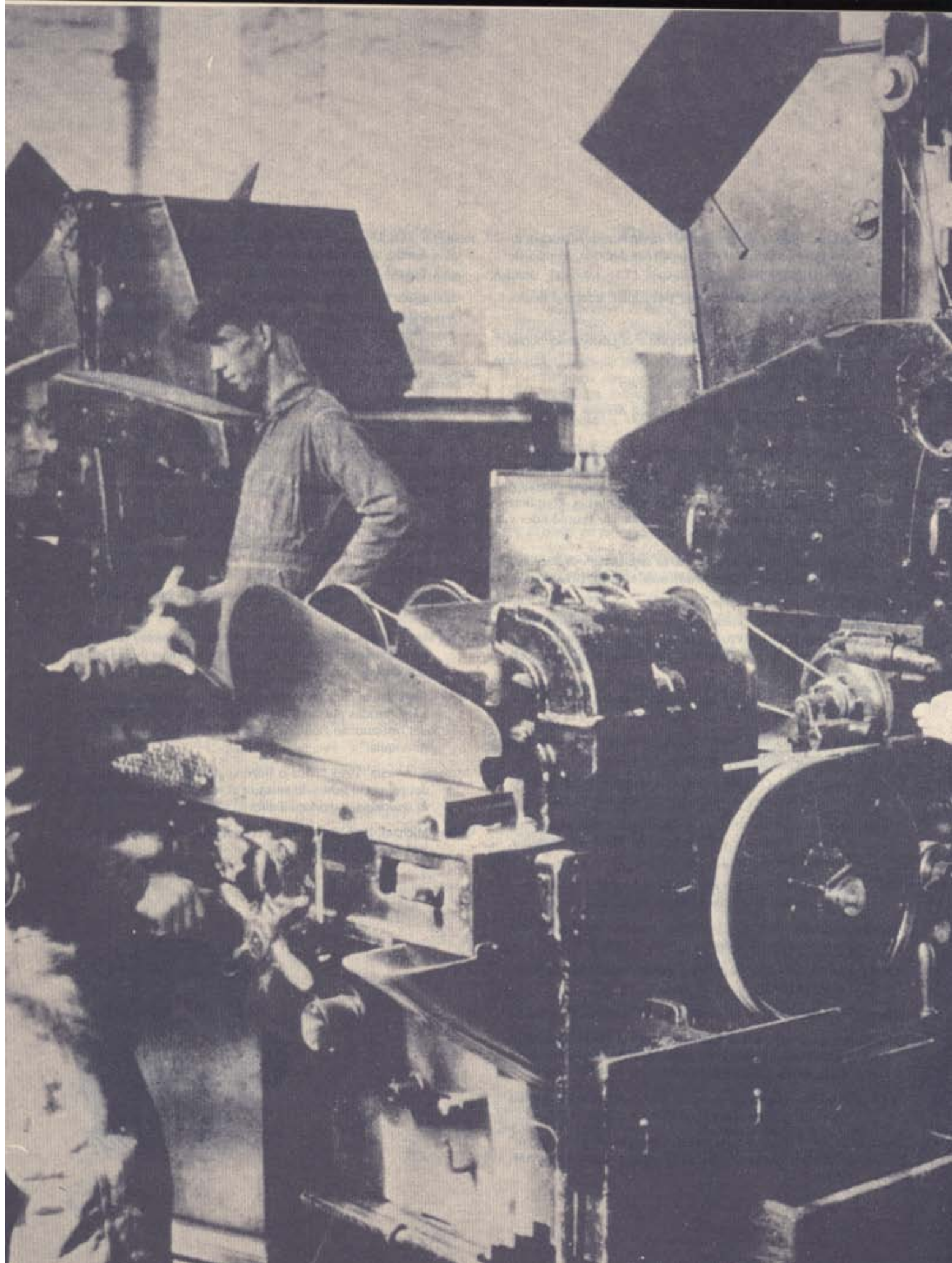
Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences







PODERES Y CONTESTACIÓN (RESEÑA TEÓRICO- METODOLÓGICA)*

MAURICIO ARCHILA NEIRA**

"La historia es hecha por hombres y mujeres, aunque ellos la hagan en condiciones que ellos mismos no han escogido... La historia no es el resultado de alguna 'acción humana' misteriosa y trascendental, pero tampoco los hombres y mujeres son marionetas de 'fuerzas' históricas. Sus acciones constituyen el punto en el que la constante tensión entre libertad y necesidad se resuelve momentaneamente"
(Emilia Vioti Da Costa)¹

* Este ensayo es el resultado de las lecturas realizadas durante el primer semestre de 1998, en el marco de una pasantía postdoctoral en la Universidad de Columbia, Nueva York. El autor agradece a la Universidad Nacional por permitirle el disfrute del año sabático y a Cinep y Colciencias por el apoyo financiero durante dicha pasantía. Las sugerencias de forma y contenido hechas por los integrantes de los seminarios de movimientos sociales y sobre Estado y sociedad civil del Cinep fueron tenidas en cuenta aunque el resultado final no las incorpore todas —manes de la autoría de todo ensayo.

** Investigador del Cinep. Profesor Asociado de la Universidad Nacional.

¹ Citada en John French y Daniel James, *The Gendered Worlds of Latin American Women Workers*. Durham: Duke University Press, 1997, pág. 21. La traducción del inglés es mía como en general las de este ensayo.



Para el historiador o el investigador social cualquier acción colectiva con alguna resonancia pública pone una serie de retos interpretativos que se traducen en innumerables preguntas. ¿Por qué, por ejemplo, la gente rompe la aparente monotonía de su vida cotidiana y se lanza a denunciar públicamente algo que la afecta y a demandar soluciones? ¿Cuál es la racionalidad—si la tiene— de la protesta social? ¿Qué nos dice una movilización acerca de la forma cómo se estructuran diariamente los poderes que entran temporalmente en entredicho? ¿Cómo se articulan las demandas particulares con proyectos societales más amplios, en especial con el de construir Nación?

La intención de este ensayo es iniciar la respuesta a éstas y otras preguntas del mismo tenor desde una perspectiva teórica y metodológica en la que, sin olvidar la preocupación sobre la realidad colombiana, aprovechemos las ventajas de la comparación para precisar mejor su singularidad y resaltar también lo que le es común, al menos con otras naciones con similares historias.² Por eso, tiene la forma de una reseña de textos que privilegian una lectura desde la teoría en la que el caso colombiano no aparece explícitamente. Por supuesto que en una siguiente etapa se integrarán textos y autores colombianos;³ pero nos parece interesante el ejercicio de pensar el país desde fuera, aunque nunca podamos irnos de él así estemos físicamente distantes.

El artículo se dividirá en tres partes: la primera, versará sobre las principales interpretaciones de la acción social colectiva en el plano mundial; la segunda, tocará los recientes desarrollos teóricos sobre el mismo tema; y la tercera sección, mirará el papel de los llamados movimientos sociales ante la coyuntura actual en América Latina. De esta forma se contempla lo que hemos titulado 'poderes y contestación'.⁴



APROXIMACIONES TEÓRICAS A LA ACCIÓN SOCIAL COLECTIVA

En esta sección, más que una arqueología de los conceptos, queremos resaltar los principales aportes recientes al entendimiento de la acción social colectiva. Una referencia breve a las principales tendencias interpretativas es, sin embargo, insoslayable para comprender mejor de qué estamos hablando. No sobra advertir, como lo hacen muchos de los autores estudiados, que hay una retroalimentación entre la actividad de los movimientos sociales y la reflexión sobre ellos.

Es un lugar más o menos común señalar a la teoría de las Conductas Colectivas del sociólogo norteamericano Neil Smelser como el antecedente de los estudios sobre la acción social colectiva.⁵ Dentro del marco funcionalista de mediados de este siglo, los movimientos sociales del momento (por ejemplo, los afroamericanos por derechos civiles) eran vistos como resultado de conductas no institucionales y hasta irracionales. Los desajustes de la modernización producían individuos marginales al conjunto de la sociedad que lanzaban esas acciones disfuncionales para el sistema imperante. Algunas explicaciones sicologistas acompañaron esta primera lectura, especialmente en Europa. Según éstas, la frustración ante las crecientes expectativas que la modernización no cumplió sería la motivación principal de la movilización.

La irrupción de los 'nuevos' movimientos sociales, en especial del estudiantado en los años sesenta, cuestionó el paradigma funcionalista y las lecturas sicologistas, pues no fueron propiamente elementos marginales a la modernización los que se lanzaron a la protesta. Un primer paso de avance fue afirmar la racionalidad de las conductas colectivas echando mano del 'individualismo metodológico'. La pregunta que se buscaba responder era: ¿por qué se movilizaba la gente? La solución fue indagar por las motivaciones que los individuos tenían para sumarse a las acciones colectivas. En ese contexto el economista Mancur Olson planteó que el actor más racional era el 'free rider' (el oportunista), pues

podía disfrutar de los beneficios de la movilización sin tener que incurrir necesariamente en los costos de sumarse a ella. Sin duda, esa era una respuesta 'individualista' al problema de por qué muchos no participan pero no a la pregunta de por qué la gente se moviliza. La sola sumatoria de motivaciones individuales no es suficiente para explicar la acción colectiva.⁶

La sociología norteamericana continuó reflexionando sobre los movimientos que irrumpieron en los tardíos sesenta y principios de los setenta (tales como la nueva oleada feminista, el pacifismo y el ecologismo) y con la intención de superar la mirada individualista, construyó la teoría de la 'movilización de recursos'. Según esta visión, en una situación de descontento generalizado algunos grupos deciden racionalmente movilizar los recursos disponibles en la sociedad tras el logro de objetivos estratégicos. Hay un énfasis más hacia el impacto político que estrictamente hacia el social o económico.

Aunque la explicación supera las motivaciones individuales y mira a los recursos organizativos previos a la movilización, sigue usando una racionalidad instrumental de cálculo costo-beneficio, no desprendida del todo del 'individualismo metodológico'.

En forma paralela, en Europa surgió otro tipo de lectura que no creía en la explicación de la acción colectiva por medio de intercambios estratégicos entre adversarios. El horizonte de los movimientos sociales no se reducía al cálculo instrumental. Para muchos teóricos europeos no sólo había metas difíciles de negociar, al menos en el corto plazo (caso del ambientalismo o del pacifismo), sino que algunos movimientos perseguían también la construcción de identidad (tal era la situación de los movimientos étnicos o de género). Surgió así el llamado paradigma de la 'construcción de identidad', que tuvo más influencia en América Latina que su contraparte norteamericana.⁷

- 2 Este escrito, como las lecturas que lo alimentaron, se entroncan en el proyecto de largo aliento sobre la acción colectiva en Colombia entre 1958 y 1990 que hace parte del actual plan trienal del Cinep. Véanse algunos avances en el libro compilado por Francisco Leal, *Colombia en busca de la estabilidad perdida* (Bogotá: Tercer Mundo, 1995), en dos números de la revista *Controversia* (Nos. 168 de mayo de 1996 y 170 de mayo de 1997), en la última entrega del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (No. 24, 1997) y en el libro de reciente aparición de la Asociación de Investigadores Urbanos y Regionales, ACIUR, *La investigación regional y urbana en Colombia*, Vol. 2. Bogotá: Carlos Valencia, 1998.
- 3 Nos referimos a la literatura acumulada en los últimos años mencionada en nuestro artículo "Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia, siglo XX" en Bernardo Tovar (compilador), *La historia al final del milenio*, Vol. 1. Bogotá: Universidad Nacional, 1994, pero especialmente a los trabajos de reciente aparición como los de Clara Inés García (*Urabá: región, actores y conflicto, 1960-1990*. Bogotá: Cerec-Iner, 1996) y Leopoldo Múnera (*Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*. Bogotá: Cerec-Iepri-Facultad de Derecho U.N., 1998) y los que están en camino de investigadores de Cinep sobre campesinos 1980-1995 (de Carlos Salgado y Esmeralda Prada) y luchas cívicas en Bogotá entre 1977 y 1991 (de Martha Cecilia García), trabajos que sin duda marcarán un nuevo ciclo de debates sobre la acción social colectiva en el país.
- 4 La mayoría de los conceptos aquí utilizados han sido definidos en nuestras contribuciones ya citadas (en especial los de 'acción social colectiva' y 'movimientos sociales'). Hay, sin embargo, dos que aparecen por primera vez y que merecen alguna precisión: 'poderes' y 'contestación'. Aunque remiten a tradiciones teóricas distintas, creemos que se pueden integrar en un tensión creativa. El primero, de raigambre foucaultiana, se utiliza aquí en plural, más al modo de James Scott para referirse a las formas de dominación material y cultural o simbólica sostenidas por individuos, grupos o instituciones y que conviven en una sociedad. El Estado moderno, aunque es uno de esos poderes, tiende a articularlos coherentemente sin lograrlo en forma total (ver James Scott, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press, 1990). El segundo es nuestra traducción del término 'contention' acuñado por Charles Tilly para referirse a los eventos colectivos que plantean demandas públicas y afectan los intereses de otros (véase *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*. Cambridge: Harvard University Press, 1995). Aunque existe en castellano el término 'contención' que denota disputa, preferimos el más usado de 'contestación' en el sentido de replicar e impugnar. Ambas definiciones son útiles para nuestra reflexión por la amplitud de formas que encierran.
- 5 Véase, por ejemplo, la ya clásica síntesis de Jean Cohen, "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, Vol 52, No. 4, invierno de 1985.
- 6 Para esta parte nos apoyamos en el análisis de Joe Foweraker, *Theorizing Social Movements*. Londres: Pluto Press, 1995.
- 7 Así lo afirma Foweraker, *ibid.*, cap. 1.

Aunque el marxismo ortodoxo de esa época fue crítico del funcionalismo, se negó a reconocer la especificidad de los 'nuevos' movimientos sociales, al intentar reducirlos a una estructura de clases determinada por la esfera de la producción. En la versión leninista, además, las clases surgían 'naturalmente' de los desarrollos materiales de la sociedad por lo que necesitaban una vanguardia externa para ser conscientes de su papel histórico. La clase obrera era la clase por antonomasia, la que llevaría a la humanidad a la redención. La historia mostró cuán errada estaba dicha teleología. Los textos de los clásicos del marxismo estuvieron, sin embargo, en el trasfondo de los paradigmas señalados, especialmente del europeo. Habrá incluso un aporte posmarxista al estudio de los movimientos sociales que veremos luego.

Así las cosas, a comienzos de los ochenta había dos paradigmas que respondían a distintos contextos políticos y culturales. A la oleada de los nuevos movimientos sociales ya vistos se sumaron luchas territoriales y nacionalistas que tomaron vigor con la caída del muro de Berlín a fines de ese decenio. En Europa occidental, donde había existido un gran consenso socialdemócrata y una gran tradición de movilización laboral hasta los años ochenta, dichos movimientos sociales aparecían como intentos por construir identidades nuevas. En Norteamérica, donde no existió tal consenso, sino más bien uno de corte liberal, los movimientos sociales se explicaban por la habilidad de grupos sociales para movilizar recursos y ganar representación política.⁸ Pero más que enfatizar las diferencias de enfoque, aquí queremos resaltar, como lo hizo Jean Cohen en su momento, su mutua complementariedad: los europeos desarrollaron más el *por qué* de la movilización, los norteamericanos el *cómo* de ella.⁹ Se puede ir más allá en el intento de síntesis: si la 'movilización de recursos' enfatiza la acción estratégica dirigida al sistema político, la 'construcción de identidades' se orienta a la sociedad civil. En la vida real ambas instancias se relacionan. Las acciones instrumentales (políticas) y expresivas (socio-culturales) pueden coincidir en objetivos comu-

nes, como de hecho ocurre con frecuencia. La lucha por democratizar la sociedad civil suele estar acompañada de un propósito de inclusión en ella en todas sus dimensiones.¹⁰

De estas posturas híbridas —teórica y culturalmente— han surgido las recientes lecturas de la acción colectiva que nos interesa destacar en este ensayo. En Europa ahora se habla no sólo de cálculos estratégicos sino que se mira cada vez más al Estado y a la política en el estudio de la acción colectiva. En Norteamérica, por su parte, hay un creciente interés por el papel de la cultura y de lo simbólico en la movilización social. Una de estas lecturas híbridas es la llamada 'estructura de oportunidad política', que para algunos es el paradigma hoy imperante en el mundo académico. Aunque iniciada en Norteamérica, cuenta con seguidores en ambos lados del Atlántico y aun en el subcontinente latinoamericano.

El gran exponente de esta nueva lectura es sin lugar a dudas el sociólogo-historiador Charles Tilly quien elabora en forma simultánea modelos teóricos de construcción del Estado y de la evolución de la acción colectiva. Para él las instituciones estatales fueron surgiendo de prácticas cotidianas en una permanente interacción entre gobernantes y gobernados en torno a los recursos de capital y coerción en el contexto de la dinámica de la guerra.¹¹ Lo fundamental no es tanto la materialidad del Estado como su aspecto relacional.

En cuanto a la acción colectiva, su modelo teórico, aunque ha ido variando con el tiempo, tiene un planteamiento básico: toda *relación* —Estado y ciudadanos o sistema político y movimientos sociales— está *constreñida* por elementos externos a ella —por ejemplo, el capital para la primera, o la oportunidad política para la segunda—. Estos elementos, por lo general estructurales, no determinan la relación, pero sí la constriñen. De ahí que para Tilly sea más importante estudiar lo que permanece que la apariencia de cambio. Eso, de paso, le permite las miradas de larga duración de las que hace gala.¹² Aunque recientemente dice estar abandonando el materialismo que lo alimentó en sus primeros traba-

jos, en aras de un análisis relacional —*network analysis*— que incluye dimensiones culturales y simbólicas, no sin razón se puede caracterizar su modelo como neoestructuralista, punto que luego desarrollaremos.¹³

Hablando en términos de movimientos sociales, Charles Tilly concreta dicho modelo en forma simple: la actividad de los Estados, que no es ajena a los cambios estructurales y a la dinámica de la guerra, crea oportunidades para la contestación. Dicha contestación se hace recurriendo a *repertorios*, que son las formas de lucha heredadas (no meros discursos), utilizadas en distintos contextos, según sea la oportunidad política. Aunque los repertorios de contestación varían muy levemente en el corto plazo, en el largo describen una interesante transformación, ilustrada por Tilly para el caso inglés. En Gran Bretaña, entre 1750 y 1830, él descubre que las protestas violentas, de carácter parroquial y ligadas a las elites locales, van cediendo lugar a otras más pacíficas, incluso parlamentaristas, cosmopolitas y autónomas. Estos cambios de repertorios responden tanto a factores estructurales —crecimiento demográfico que rompe lo local, fortalecimiento del Estado y del parlamento, y mayor capitalización de la economía que disminuye el clientelismo—, como a la iniciativa de cambiar por

parte de los de arriba y de los de abajo.¹⁴ La contestación es explicada, de nuevo, como una relación que está constreñida, ya no sólo por factores materiales y políticos, sino también culturales.

Desde el nuevo repertorio de contestación Tilly estudia los movimientos sociales a los que considera como formas históricas de relación con las autoridades vigentes o, en otras palabras, expresiones temporales de repertorios de contestación más amplios.¹⁵ Más que grupos específicos, son alianzas temporales, a semejanza de las campañas electorales contemporáneas, dirigidos por 'empresarios' políticos. El marco de su acción es claramente político, así se inicien por demandas sociales concretas. En esto Tilly sigue de cerca la tradición estratégica de la sociología norteamericana, que él ha contribuido a construir. El problema con él y sus seguidores en este punto, es la confusión que crean entre partidos políticos y movimientos sociales. La diferencia sería cuestión de tiempo y de reconocimiento institucional.

Su estudio de los repertorios de contestación ha recibido otras críticas, muchas de las cuales en su momento ha incorporado, en una muestra de honestidad intelectual no muy frecuente.¹⁶ Una crítica común fue tachar su modelo de evolucionista. Aunque Tilly cambió su inicial terminología, apoya-

8 Ibid., pág. 2.

9 "Strategy and Identity..."

10 Foweraker, *Theorizing...*, pág. 21.

11 *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1992*. Cambridge: Blackwell Publishers, 1993.

12 Charles Tilly, *Roads from Past to Future*. Lanham (Maryland): Rowman and Littlefield, 1997, cap. 1.

13 Aunque la categoría es mía, me apoyo en la crítica que hacen a la 'estructura (l) de oportunidad política' —también conocida como Teoría del Proceso Político— sociólogos simpatizantes de ella como Jeff Goodwin y James M. Jasper ("Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory", manuscrito de marzo de 1998, próximo a aparecer en *Sociological Forum*). Los mismos autores señalan que, aunque el concepto de 'oportunidad política' se atribuye a Peter Eisinger, el padre no reconocido parece ser Robert Merton, quien habló de 'estructuras de oportunidad' (ibid., nota 4, pág. 5).

14 *Popular Contention...* El análisis cuantitativo de los actos de contestación (estudia sólo los de más de 10 personas) es bastante sugestivo para nuestra propia investigación y siembra interrogantes sobre los posibles cambios en el 'repertorio' de las luchas sociales en el país a lo largo de este siglo.

15 Los movimientos sociales son "todo desafío sostenido y organizado a las autoridades existentes, en nombre de la población empobrecida, excluida o víctima de abusos" (ibid., pág. 144). Estas definiciones amplias le sirven para hacer grandes comparaciones en períodos largos que lo distinguen.

16 El describe su trayectoria intelectual con la imagen de una mezcla entre jazz y ciencia o la improvisación sobre una tradición. La rectificación de los errores es parte inherente de ese 'jazz ciencia' que practica en forma casi invisible, a la manera como el codo funciona en los seres humanos —otra metáfora con la que se identifica (*Roads from...*, cap. 1).

da en historiadores como Eric Hobsbawm y George Rudé, de movimientos 'primitivos' o tradicionales y modernos, por la de acciones 'competitivas' (en marcos comunales), 'reactivas' (lo local contra el Estado central) y 'proactivas' (no contra el Estado sino por inclusión y control), el sabor seguía siendo de evolución lineal de formas de protesta embrionarias a más desarrolladas; de acciones defensivas a ofensivas. En sus últimos análisis retira esa terminología y asume la de repertorios, que de paso sirve también para salir adelante a la otra crítica: que desconocía las dimensiones culturales de la acción social por enfatizar una lógica instrumental estratégica.¹⁷ Si el evolucionismo en Tilly parece ser cosa del pasado, aunque aún sostenga cierta distinción entre viejos y nuevos repertorios, el aferrarse a modelos casi invariantes por el énfasis en las permanencias estructurales, sigue ofreciendo problemas.

Antes de desarrollar esta crítica veamos a un colega suyo y gran divulgador de la 'estructura de oportunidad política' para precisar mejor los puntos problemáticos de este modelo: Sidney Tarrow.¹⁸

Para él, dicha 'estructura' es la que crea incentivos a la acción colectiva. Pero, para explicar la movilización, no bastan sólo las oportunidades que abre el Estado o el sistema político. Mientras incorpora aportes europeos, Tarrow insiste en que para que dicha acción dure en el tiempo y conforme movimientos como tales, se requiere aprovechar previas redes sociales y marcos culturales de significados compartidos por gran parte de la sociedad. Concentra luego su atención en lo que llama repertorios *modulares* de contestación. Como ya Tilly había señalado, en las acciones colectivas los actores acu-

den a formas de protesta no inventadas en la coyuntura. Más que las acciones aisladas, a Tarrow le interesa destacar la aparición simultánea de ellas en lo que define como *ciclos de protesta*.¹⁹ En esos momentos, algunos actores desatan la movilización, que a su vez puede producir una nueva (estructura de) oportunidad para que otros movimientos más débiles o temerosos se sumen. Son los 'empresarios políticos' los que toman ventaja de las nuevas oportunidades creadas por la misma movilización, uniéndose a esa oleada al articular las demandas particulares a las del conjunto societal.

Ahora bien, como ya mostraba Tilly, los repertorios modulares sufren cambios en la larga duración. Desde el siglo XIX en Europa y Norteamérica se notan tendencias a una mayor duración de la acción colectiva, a la creación y mantenimiento de organizaciones que canalizan esas luchas y a una mayor descentralización de ellas. Para Tarrow la consolidación de Estados representativos en el siglo XX facilita —si no obliga a considerar— una mayor institucionalización de los movimientos e incluso su 'electoralización'. Más que logros inmediatos y

revolucionarios, la dinámica de la acción colectiva consigue reformas en el largo plazo. Tal es el caso del feminismo norteamericano analizado por el autor.

Como se ve, Tarrow trata de hacer más dinámico el modelo al incorporar tanto nuevos avances teóricos como enseñanzas prácticas de los recientes movimientos sociales. Son de especial utilidad para los análisis empíricos los conceptos de repertorios modulares y de ciclos de protesta.²⁰ Pero de nuevo aparece el fantasma del neoestructuralismo y tal vez más crudo que en su colega Tilly. Esto ha propicia-



do un reciente debate en la sociología norteamericana que resumiremos a continuación.

Unos críticos cercanos a estos autores, y practicantes hasta hace poco del modelo de 'oportunidad política', Jeff Goodwin y James M. Jasper, señalan cuatro puntos débiles que, a su juicio, merecen corregirse para que se desarrolle el paradigma.²¹ Denuncian primero un proceso de reducción de conceptos como oportunidad política y marco cultural. En segunda instancia, llaman la atención sobre factores culturales o políticos que sin ser estructurales se asumen como tales. Muchas emociones influyen en la preservación de redes y producen un efecto que no es propiamente estructural. Además, algunas opciones estratégicas dependen de motivaciones psicológicas individuales. En tercer lugar, convocan a discriminar con mayor cuidado el conjunto de instituciones y actores incluidos en la categoría oportunidad política. Ella no se reduce al Estado y aun éste contiene muchas instancias como para colocarlas en el mismo plano. No distinguir entre jueces y policías, por ejemplo, puede ser un error costoso a la hora de los análisis. Por último, señalan la utilización de modelos invariantes y unicausales en aras de construir proposiciones universalmente válidas.

Citando a Tilly, Goodwin y Jasper insisten en retornar a los análisis multicausales en el tiempo, pues la historia real no es lineal; ella suele "dar vueltas y retorcerse como una enredadera (...) en la historia real, el tiempo y el lugar hacen la diferencia en la forma como los procesos universales (...) se desenvuelven".²² En pocas palabras, no toda acción colectiva se explica desde unos determinantes estructurales externos a la misma acción o lo que antes se llamaba condiciones 'objetivas'. El reto es hacer el modelo más dinámico y multicausal —incorporando con rigor las dimensiones culturales y simbólicas—, sin caer en la moda posmoderna.

En su respuesta a estas críticas, Tilly no reconoce la validez de tres de ellas (primera, tercera y cuarta, que según él son una sola) pues no considera su modelo 'estrecho' en categorías, 'impreciso' en cuanto al análisis de oportunidad política se refiere y definitivamente no es 'invariante y unicausal'. Insiste en que su acercamiento reciente a lo relacional pone su modelo en un terreno diferente al criticado por Goodwin y Jasper. En cuanto a la segunda crítica, la más relevante a juicio de Tilly, cree haberla superado también con el estudio de repertorios, y revira señalando a los auto-

17 Ambas críticas fueron planteadas por el historiador William H. Sewell, "Collective Violence and Collective Loyalties in France: Why the French Revolution Made a Difference". *Politics and Society*, Vol. 18, No. 4, 1990.

18 *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997. Tarrow llega a decir que esta visión constituye un nuevo paradigma que reemplazaría a los ya acuñados en Europa o Norteamérica (págs. 82-83).

19 El concepto como tal no es nuevo, lo interesante es cómo lo relaciona con nuevas 'oportunidades políticas'. Karl-Werner Brand señalaba en 1992 que los ciclos de protesta coincidían con fases de crisis de la cultura en general que propiciarían la difusión de críticas a la modernización ("Aspectos cíclicos de los movimientos sociales" en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*. Valencia: Ed. Alfons el Magnànim, 1992, pág. 47).

20 Hay aplicaciones creativas de estas categorías como la de Jack Hammond sobre los conflictos agrarios contemporáneos en Brasil. Según el autor los diversos repertorios descritos por Tilly y Tarrow, conviven simultáneamente en el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST). En el ámbito local el MST utiliza la acción directa más propia de un repertorio tradicional; en el contexto nacional utiliza medios modernos de lucha política incluida la electoral. Los contendientes también responden de diversas formas a esos repertorios: violencia en el plano local y negociación en el nacional ("Retaliatory Violence Against Agrarian Reform in Brazil", Ponencia a la Conferencia sobre América Latina organizada por New School, Nueva York, abril 17 de 1998). De esta forma la categoría repertorio se hace más dinámica y relacional al reflejar mejor las características 'híbridas' de los antagonistas incluido el Estado brasileiro —lo que no es tan distante del caso colombiano.

21 Goodwin y Jasper, "Caught in Winding..." Nosotros hemos variado el orden de sus críticas para hacer más clara la exposición. El artículo original de ellos provocó duras réplicas por parte de los afectados (Tilly, Tarrow y David Mayer), pero sólo pudimos conocer la del primero. Todo el debate será el tema de un próximo número de la revista *Sociological Forum*.

22 Ibid. pág. 35. La metáfora de Tilly sobre la enredadera sugiere el título de la crítica.

res como 'fundamentalistas fenomenológicos' — por creer que la conciencia existiría antes que la interacción social.²³

Podíamos seguir hasta el infinito en críticas y respuestas, pero es hora de avanzar por nuevos rumbos. Para resumir, muchas de las críticas a la 'estructura de oportunidad política' son rebasadas por los avances recientes de los autores involucrados, pero subsiste la denuncia del predominio de modelos invariantes —a pesar de la mirada relacional— que respiran alguna teleología que les permite hablar de lo viejo y lo nuevo en las modalidades de la acción colectiva. Con todo sigue siendo hoy día la propuesta teórica más sólida para comprender la acción social colectiva. El reto de dinamizarla sigue vigente no sólo para los teóricos de dicha 'estructura', sino para el conjunto de analistas de los movimientos sociales.



NUEVOS CAMINOS INVESTIGATIVOS


Cuatro son los desarrollos que a nuestro juicio marcan nuevas reflexiones sobre la acción colectiva y que intentan superar las limitaciones de los modelos vistos: a) la resistencia moral y cultural de los débiles; b) el papel movilizador y de mediador cultural que desempeñan las clases medias; c) la denuncia postmarxista a todo determinismo; y d) la mirada constructivista y cultural de los movimientos sociales. Todos ellos tienen límites que en su momento indicaremos pero ofrecen nuevos espacios de reflexión sobre los movimientos sociales. Cada uno se acerca al campo de la *cultura* aportando su visión propia lo que hace más imprecisa esa categoría. Para nosotros ella es la dimensión de sentido de la existencia humana que subyace en toda acción individual y especialmente colectiva. Metafóricamente podemos hablar del 'lente' con que leemos nuestra vida desde lo más material hasta lo más espiritual. La cultura es un concepto dinámico pues tiene tanto de heredado como de cons-

truido, de permanente como de cambiante, recoge la experiencia propia de los grupos sociales cuanto recibe aportes externos y no sólo remite a valores y tradiciones sino también a las prácticas.²⁴

La primera aproximación a la acción social colectiva, con gérmenes renovadores, es la del politólogo James Scott en torno a los sectores subordinados y los proyectos de dominación. Su libro sobre los 'textos ocultos' de los débiles es un estudio de la construcción de un orden aparente que regula las relaciones de poder, mientras oculta otros 'textos' que son el arsenal de la resistencia cotidiana de la gente a ese orden.²⁵ Para ser justos, su perspectiva trabaja más el plano individual de la contestación que el colectivo aunque arroja interesantes luces para éste.

Barrington Moore, en quien Scott se apoya, hablaba ya de la existencia de contratos sociales aceptados por todos que balanceaban la explotación con dosis de reciprocidad. Cuando se rompe ese equilibrio, se produce una sensación de injusticia en los de abajo que puede derivar en abierta rebeldía. Por definición, para Moore, esas revueltas son siempre defensivas del orden quebrado.²⁶ Este argumento hace eco al seminal texto de E. P. Thompson sobre la 'economía moral de los pobres', que sirvió de inspiración al primer libro de James Scott, en el cual buscaba explicar las rebeliones campesinas en el sudeste asiático.²⁷ Pero en 'textos ocultos' él está más interesado en la *resistencia cotidiana* en medio de un aparente orden que en la rebeldía abierta, aunque le dedica el último capítulo a este tema.

Su reciente argumento es que las relaciones de poder son siempre teatrales, cada parte actúa conforme a unos textos aceptados públicamente, los que a su vez regulan las relaciones sociales entre los de abajo y los de arriba. Detrás de esa apariencia, ambos grupos tienen textos 'ocultos' que por definición poco aparecen en público. En el caso de los de abajo —los débiles— se trata del lenguaje de la resistencia; para los de arriba puede ser el lenguaje de la dominación y aún del racismo. El texto 'oculto' de los débiles —lo que Scott designa la 'infrapolítica'—, se construye en la larga duración y conforma una especie de cultura de resis-



tencia. Aflora en público cuando se rompe el equilibrio entre explotación y reciprocidad. Puede aparecer en acciones individuales —la mayoría de las situaciones descritas por el autor—, o en respuestas colectivas —en raras ocasiones—. En estas últimas, que es el terreno de los movimientos sociales, la resistencia se hace explícita como un nuevo texto público que disputa abiertamente los alcances de la dominación y puede dar origen a una transformación total de la sociedad. Pero ese no es el interés central del autor y por tanto no lo desarrolla. Su énfasis está en que toda dominación tiene sus normas de comportamiento, sus sanciones y aun sus formas de transgresión.

Lo anterior lleva a Scott a emprender una despiadada crítica al concepto de hegemonía, de poca simpatía en los autores hasta ahora considerados. Al entenderla como un proyecto de total cohesión que crearía 'falsa conciencia' en los grupos subalternos y por tanto anularía el conflicto social, no la considera como una herramienta útil para comprender la resistencia. En las economías rurales que estudia no hay posibilidades de consenso, la hegemonía siempre es coerción aunque nunca es total, ella siempre será parcial y disputada. Los 'textos ocultos' son la mejor explicación de la (aparente) aceptación de la ideología dominante por los grupos subordinados y de la construcción de sus formas de resistencia a los poderes que los someten.²⁸

Aunque sin duda los análisis de James Scott son importantes para entender los comportamientos individuales y colectivos de los grupos subordinados, no dejan de tener puntos críticos que conviene señalar en forma breve. Su estudio de la resistencia transpira un cierto esencialismo, como si ella fuera el terreno puro y natural de los subordinados. La metáfora de la guerra de guerrillas que opone dos bandos homogéneos, la dominación y la resistencia, no ayuda mucho a superar ese esencialismo, por el contrario lo hace más evidente.²⁹ Hay además quien dice que más que 'resistencia', lo que Scott trabaja es un 'resentimiento' meramente reactivo que difícilmente deriva en desafío público que alimente la solidaridad.³⁰ Todo ello lo lleva a desconfiar de cualquier posible aceptación de la dominación por parte de los grupos subordinados y a sobreestimar la coerción en el proceso hegemónico. Por esa vía, y con una mirada recortada de la categoría hegemonía (al menos en los términos de Gramsci), emprende una crítica injusta e innecesaria a este concepto que perfectamente podría ser incorporado en su concepción.³¹ Por último, su análisis es útil para las sociedades tradicionales en donde la 'infrapolítica' es la política de los grupos subordinados, pero no para sociedades modernas, donde los valores liberales hacen cada vez más posible que los textos 'ocultos' se hagan públicos. En todo caso el modelo de Scott no deja de ser atractivo

23 Véase su respuesta, "Wise Quacks", de próxima aparición en la revista *Sociological Forum*.

24 Estos elementos fueron desarrollados en la introducción a nuestra tesis doctoral publicada con el título de *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep, 1991.

25 *Hidden Transcripts*, 1990. Se trata de una reelaboración de las ideas ya plasmadas en su estudio de caso sobre el sudeste asiático, *Weapons of the Weak*. New Haven: Yale University Press, 1985.

26 *La injusticia: Bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: UNAM, 1989.

27 El ensayo de Thompson en *Customs in Common*. New York: the New Press, 1993. El libro de Scott se llamó precisamente *The Moral Economy of the Peasant*. New Haven: Yale University Press, 1976.

28 *Hidden Transcripts*, cap. 4.

29 *Ibid.*, pág. 193.

30 Sidney Tarrow, *Power in Movement...*, pág. 103.

31 Según María Antonietta Macciocchi, Gramsci integra en su visión de la hegemonía las dimensiones de coerción y consenso: "La clase dominante ejerce (...) su poder (...) no solamente por medios de coerción, sino además por su visión del mundo, es decir, una filosofía, una moral, costumbres, un sentido común que favorecen el reconocimiento de su dominación por las clases dominadas" (*Gramsci y la revolución de occidente*. México: Siglo XXI, 1977, págs. 153-154).

vo para explicar rebeldías individuales o colectivas en donde entran en conflicto nociones de justicia, reciprocidad y en general los referentes morales tanto de los de abajo como de los de arriba.

La segunda mirada —que en sentido estricto no es tan novedosa— ofrece una alternativa a la comprensión del peso de la cultura en la acción colectiva moderna. El escenario de reflexión no es el mundo rural asiático sino la sociedad de masas alemana. Las *clases medias*, en especial las 'nuevas', por sus valores y tradiciones culturales aportarían a la movilización social contemporánea dinámicas distintas a las que propició en el pasado la clase obrera. En un intento por superar el análisis determinista del marxismo, Claus Offe planteó desde hace ya un decenio un 'nuevo' paradigma para la acción colectiva. La novedad estaría en los actores diferentes —clases medias antiguas y nuevas—, en un distinto tipo de demandas —más culturales y simbólicas— y en un tipo de acción menos institucional. Así se repolitizaría la sociedad civil en la que estos nuevos actores lucharían, no por sus estrechos marcos de clase sino por demandas más generales y menos materiales. Pero para Offe no se trata de movimientos pluriclasistas, como muchos autores los caracterizaron hace un decenio, sino de movimientos conformados por clases muy específicas, especialmente las llamadas medias. El juego de alianzas entre los movimientos sociales así compuestos, con la izquierda y la derecha —pues *per se* aquellos no son progresistas en el plano ideológico— marcaría la dinámica reciente de la acción colectiva. Esta a su vez muestra una trayectoria hacia una mayor institucionalización.³²

Con el deseo de acercarse a los teóricos de la 'estructura de oportunidad política', un discípulo de Offe, Klaus Eder, escribió hace poco que las clases (medias) pueden ser una 'estructura de oportunidad social', es decir, un marco social amplio para el desenvolvimiento de los movimientos sociales. Estos a su vez redefinirían a las clases. La teoría de clase que Eder reivindica pretende no ser esencialista sino constructivista, basada en la interacción de dos elementos: acción y contexto. Básicamente

la clase que estaría alimentando a la acción colectiva —creando oportunidades o espacios sociales— es la ya señalada nueva clase media surgida del sector servicios. Su radicalismo sería el marco cultural en el que se inscriben los movimientos sociales.³³

A pesar del intento de superar el determinismo marxista, en Offe y sus seguidores se nota aún una insistencia en el análisis clasista de los movimientos sociales. El esfuerzo de hablar, en forma constructivista, de movimientos compuestos por clases sin determinaciones materiales, luce inútil pues deja vacía la categoría clase. Para el caso latinoamericano es interesante ver el protagonismo de las clases medias —a pesar de la vaguedad de su caracterización—, mas no así la superación de las demandas materiales.

La perspectiva construida por Offe y sus discípulos es cercana a la postura de Jürgen Habermas sobre los movimientos sociales. De hecho, ambos autores se alimentan mutuamente en sus reflexiones. En concreto hay gran coincidencia en la percepción del significado del ataque neoconservador o posmoderno a la cultura moderna con el ánimo de construir un nuevo consenso en las sociedades occidentales. Se trata de un consenso antimoderno que ataca a los intelectuales de esa clase media radicalizada que ya veíamos. Sólo una clara acción por parte de éstos, y de los movimientos sociales de los que son voceros, puede detener esta ofensiva cultural y desmontar el 'nuevo' consenso anti-moderno.³⁴ Los movimientos sociales, según Habermas, más que proponer un modelo alternativo de sociedad deben consolidar una metodología de participación que no es otra que la 'racionalidad comunicativa'. Así podrán cumplir la labor de completar los aspectos inconclusos de la modernidad.

Otra perspectiva mucho más crítica de las lecturas estructurales de los movimientos sociales es el argumento desarrollado por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau hace ya un decenio, pero también reelaborado recientemente.³⁵ Dicho argumento, bautizado posmarxista, constituye una crítica demolidora de toda determinación de la acción social y de todo esencialismo en la construcción de las identidades. Ellos parten del señalamiento de que el con-



cepto de hegemonía es ajeno al marxismo clásico y que aún en Gramsci, dicha categoría está ligada a cierta determinación histórica —no en vano él la considera como un fenómeno de la superestructura—. Para Mouffe y Laclau, es necesario redefinir la hegemonía pues es incompatible con el mundo de la necesidad; ella hace más bien parte del de la contingencia y del deseo. La nueva hegemonía —la de los grupos subordinados— es la constitución de identidades por parte de los actores en torno al proyecto de *radicalizar la democracia* —la nueva estrategia socialista, según los autores. Ahora bien, las identidades no son esenciales o primordiales, son construcciones fruto de las convergencias contingentes de los sujetos frente a los diversos conflictos de la sociedad contemporánea.³⁶ Para los autores los movimientos sociales —esas convergencias de sujetos que encarnan la pluralidad de la sociedad— radicalizan la democracia, pero las luchas democráticas no necesariamente son progresistas, pues son polisémicas por definición.

El modelo de Mouffe y Laclau —que es más una lectura de las alternativas políticas de la izquierda que de los movimientos sociales—, es interesan-

te por su crítica a los determinismos y por su énfasis en una pluralidad social que se refleja en la acción colectiva. El problema con estos autores es que en su lucha contra todos los determinismos universalistas —llámense estructuralismo o racionalismo— caen en un reduccionismo en el que “el discurso tiende a ser tratado como autónomo y constitutivo de la realidad”.³⁷ La cercanía al llamado ‘giro lingüístico’ del posmodernismo es evidente, así ellos pretendan estar distantes de sus expresiones más simples y se planteen objetivos políticos de radicalizar la democracia, uno de los logros de la modernidad —en lo que paradójicamente no estarían tan lejos de Habermas—.

Nos resta considerar una cuarta vía de desarrollo teórico, la que a nuestros ojos promete resolver en forma más adecuada el reto del que hablábamos líneas arriba: renovar los modelos teóricos sobre la acción social colectiva introduciendo con rigor la variable cultural. En realidad esta cuarta vía es la única que enfrenta como tal el reto pues las otras aproximaciones eran más un estudio de la resistencia cotidiana individual, o del papel de las clases medias, o de las alternativas políticas de la izquierda.

- 32 Así lo ilustra Offe en el seguimiento de la trayectoria política del partido Verde alemán (“New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics”, *Social Research*, Vol 52, No. 4, invierno de 1985 y *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: editorial Sistema, 1992). En un posterior artículo señala que si bien los nuevos movimientos sociales no son siempre progresistas en el plano ideológico, si “representan una crítica no reaccionaria y universalista de la modernidad y la modernización” (“Reflexiones sobre la autotransformación institucional de la actividad política de los movimientos: Un modelo provisional según estadios” en Dalton y Kuechler (eds.), *Los nuevos movimientos...*). La distinción nos parece un poco artificial pero compartimos esa dimensión progresista, no ideológica, en la acción de los movimientos sociales.
- 33 Klaus Eder, “Does Social Class Matter in the Study of Social Movements? A Theory of Middle Class Radicalism” en Louis Maheu (ed.), *Social Movements and Social Classes, the Future of Collective Action*. Londres: Sage, 1995.
- 34 Este análisis de Jürgen Habermas (*The New Conservatism. Cultural Criticism and the Historians’ Debate*. Cambridge (Mass): MIT Press, 1989) se apoya en la teoría de Offe sobre el papel de las clases medias.
- 35 Ver de los dos *Hegemony and Socialist Strategy*. London: Verso, 1985 y de Chantal Mouffe, *The Return of the Political*. London: Verso, 1993. En esta sección nos apoyamos también en Willen Assies, “Of Structured Moves and Moving Structures. An overview of Theoretical Perspectives on Social Movements” en Willen Assies, Gerrit Burgwal y Ton Salman. *Structures of Power, Movements of Resistance. An Introduction to the Theories of Urban Movements in Latin America*. Amsterdam: CEDLA, 1990.
- 36 Dice Mouffe en su análisis del feminismo que, “La ‘identidad’ de un sujeto múltiple y contradictorio es por tanto siempre contingente y precaria, temporalmente está fijada a la intersección de esas posiciones de sujeto y dependiente de formas específicas de identificación. Es, por tanto, imposible hablar de un agente social como si fuera una entidad unificada y homogénea” (*The Return...*, pág. 77).
- 37 Willen Assies, “Of Structured...”, pág. 57.



Más que responder a un autor, a una escuela o a un paradigma, la consideración de variables culturales en el análisis de la acción colectiva es fruto de un esfuerzo colectivo a ambos lados del Atlántico, en el que participan algunos de los teóricos ya estudiados. El énfasis estaría en dos propuestas centrales: una mirada constructivista y relacional de la acción colectiva, y un estudio sobre el peso de la cultura en la movilización social, sin perder la dimensión política que ella encierra. Recientes recopilaciones de ensayos que muestran diálogos entre norteamericanos y europeos, nos permiten vislumbrar por dónde van estos desarrollos.³⁸

La primera fue realizada por Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph Gusfield.³⁹ Además de la consabida crítica a los modelos previos, estos autores se declaran 'constructivistas' —para ellos no existen condiciones 'objetivas' que expliquen la acción colectiva. Laraña, por ejemplo, asume lo dicho por otros autores sobre la crítica al esencialismo y propone distinguir tres dimensiones mutuamente conectadas en la construcción de identidad: la individual o personal; la colectiva —la construcción del nosotros—; y la pública —hacer explícitas las anteriores, en escenarios amplios—. Por esta vía se supera la mirada marxista de la 'ideología', propia de los viejos movimientos sociales, para asumir una perspectiva en la que identidad y demandas están conectadas por definición.

La contribución de Doug McAdam, uno de los teóricos de la 'movilización de recursos', llama la atención por el giro cultural que propone en contra del racionalismo y el estructuralismo imperante en la sociología norteamericana. Sugiere tomar en serio los *marcos culturales* que encuadran la acción colectiva y crean oportunidades simbólicas. También insiste en analizar las organizaciones o redes sociales previas en las que también se apoyan los movimientos sociales. Si lo anterior ya había sido recogido por Tarrow, el tercer señalamiento es novedoso porque rompe con los modelos invariantes aun en el terreno de la cultura: ella aunque es permanencia, también es cambio. Los marcos culturales de una sociedad

son también creación de la movilización social y a veces su principal logro.⁴⁰

En el libro señalado hay una última contribución de quienes más han hablado de los procesos de construcción de marcos —*framing processes*— como campos de identidad: David Snow, Scott Hunt y Robert Benford.⁴¹ Ellos distinguen tres tipos de identidades que se conectan en la acción colectiva: de los participantes, de los antagonistas y de la audiencia en general. Dichas identidades resultan tanto de la acción misma, como del juego entre marcos mayores —del conjunto social— y específicos —de los movimientos concretos—. En esos marcos radica el potencial de identificarse como 'nosotros' y la legitimidad de las demandas. Los movimientos que en sus demandas se apoyan tanto en valores y tradiciones propios, como en elementos culturales generales de la sociedad, tendrán más legitimidad y por tanto mayor posibilidad de conseguir éxito.

El otro texto es el editado por Hank Johnston y Bert Klandermans, y toca directamente la relación entre acción colectiva y cultura.⁴² Lo primero que reconocen es la ambigüedad del concepto 'cultura', algo que es evidente a la altura de la discusión que adelantamos. Señalan luego que su relativo olvido en la literatura tradicional sobre movimientos sociales ha sido rebasado, lo que no significa que se esté creando un nuevo paradigma. En todo caso se trata de incorporarla en modelos dinámicos, como señalaba McAdam, que den cuenta de la legitimidad que dan los marcos culturales a la acción colectiva y, en forma simultánea, de cómo ésta modifica dichos marcos.

En la contribución del sicoterapeuta y sociólogo italiano Alberto Melucci se toca el tema de construcción de identidades colectivas.⁴³ Estas no resultan de la sumatoria de motivaciones individuales, pero tampoco de condiciones estructurales, aunque incorporan ambas dimensiones. Las identidades son resultados históricos que distan de esencias predefinidas. Señala también que en dicha construcción existen, en forma simultánea, permanencias y cambios. Además, adelanta que la identidad es algo relacional, pues implica un mínimo reconocimiento por parte del antagonista. En situaciones extremas

de represión o de desintegración social, las identidades se fraccionan o se vuelven muy rígidas, con lo que pierden su función orientadora y legitimadora de la acción. Insiste Melucci en que identidad, acción colectiva, movimientos sociales, cultura y muchos de los conceptos que usan los teóricos son categorías analíticas y en ese sentido no son 'cosas' reales.

Esta reflexión metodológica la desarrollará Melucci en su reciente libro, dedicado al impacto de la era informática en la vida social contemporánea por medio de la creación de nuevos campos de acción.⁴⁴ En concreto se trata de la lucha por el control de los códigos comunicativos y culturales. Pero los movimientos sociales no sólo pelean por ese control, sino que ellos son en sí mismos medios comunicativos. De un somero análisis de algunos movimientos contemporáneos (feministas, grupos étnicos, pacifistas y ecologistas) Melucci extrae algunos rasgos comunes que supuestamente los caracterizan: heterogeneidad y poca negociación de las metas, alejamiento del sistema político, desafío a la separación entre privado y público, y privilegio de la acción directa. Hasta aquí pareciera que hablara más de los 'viejos' repertorios descritos por Tilly y Tarrow que de los nuevos movimientos sociales, con lo que hace explícita su distancia de los modelos de 'oportunidad política'. Agrega, sin embargo, dos rasgos que perfilan mejor la acción colectiva contemporánea: la oscila-

ción entre el individualismo y la apelación a la naturaleza.⁴⁵

Ya decíamos que Melucci es crítico de los análisis que buscan explicar las acciones colectivas a partir de condiciones económicas o políticas. Pero al insistir en la primacía de lo cultural cae en otro extremo igualmente criticable: un cierto reduccionismo cultural. Basta recordar su caracterización de los movimientos sociales contemporáneos para percibir los riesgos del extremo culturalista. Esto lo hace deslizarse hacia un cierto esencialismo en la comprensión de las identidades colectivas y a un sesgado énfasis en los aspectos defensivos de la acción colectiva.⁴⁶

Pero hay otro elemento teórico-metodológico que nos llama más la atención: mientras se declara antiestructuralista —pues iguala estructuralismo a explicaciones desde las condiciones 'objetivas'—, reclama un enfoque 'sistémico'. Se trata de un análisis de la interacción de cuatro sistemas: el productivo (económico), el de toma de decisiones (político), el que gobierna el intercambio (organizacional), y el de la reproducción de la vida cotidiana (cultural). Dicho análisis, según Melucci, no es teleológico pues no anuncia futuro. Ni tampoco mira el pasado, por tratarse de un corte en el tiempo para considerar los sistemas. Así, solamente se estudian categorías analíticas —no cosas 'reales'— en sus interacciones, sin darles carga valorativa y, supuestamente, sin sobrevalorar ningún sistema sobre

38 Es sintomático que la búsqueda se haga por este medio, que es colectivo tanto en su génesis (por lo común seminarios o simposios sobre el tema) como en su resultado. Salvo recientes síntesis como la ya citada de Tarrow (*Power in Movement...*), pocos autores emprenden la reflexión teórica en forma individual. Dos excepciones, que veremos al final de esta sección, son Alberto Melucci y Manuel Castells.

39 *New Social Movements. From Ideology to Identity*. Philadelphia: Temple University Press, 1994.

40 "Culture and Social Movements" en *ibid.*

41 "Identity Fields: Framing Processes and the Social Construction of Movement Identities" en *ibid.*

42 *Social Movements and Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995.

43 "The Process of Collective Identity" en *ibid.*

44 *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. El libro en realidad hace parte de una obra doble con otro texto dedicado a su experiencia sicoterapéutica de la relación entre el yo y lo social (*The Playing Self*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

45 Véase *Challenging Codes...*, Parte II, capítulos 5 a 10, titulada precisamente "Contemporary Collective Action".

46 Así lo sugiere cuando señala, por ejemplo, que ante la amenaza de cambio la gente se une para defender una identidad previamente establecida. Claro que en el transcurso de la movilización, las identidades se transforman porque se suman otros actores con nuevas demandas (*Ibid.* pág. 296).

otro. Esta postura es criticable no sólo en la ya denunciada sobrevaloración cultural, que contradice su equilibrio sistémico, sino porque paradójicamente se acerca a dos extremos en el debate reciente de las ciencias sociales.

Por una parte, Melucci se coloca lo más cerca posible del 'giro lingüístico' que pregona el posmodernismo, sin caer totalmente en él, pues sigue suponiendo que existe una realidad más allá de las mediaciones culturales o de la construcción de categorías analíticas. Pero, por otra parte, su enfoque sistémico recuerda el análisis estructural-funcionalista de Talcott Parsons,⁴⁷ aunque con una postura menos estática. En este encuentro tangencial con dos extremos aborrecidos se muestra, una vez más, que los fantasmas que rondan a las ciencias sociales tienen más en común de lo que a simple vista parece. El estructuralismo desconfía tanto de la posibilidad de conocer la realidad como lo hacen sus antagonistas posmodernos.

Hay, por último, una reflexión de carácter estrictamente metodológico en Melucci que quisiéramos destacar. Con razón él insiste en que la investigación sobre movimientos sociales no está al margen de los debates recientes sobre el papel de la ciencia. Como conocimiento construido, ésta no reproduce la realidad sino que ayuda a entenderla. Aquí radica la clave del 'contrato' que observador y observado pueden establecer. Ambos se necesitan mutuamente: los actores de los movimientos sociales poseen información directa; los investigadores, también actores de la sociedad pero en una posición diferente, poseen recursos cognitivos. La labor del investigador no debe ser de intervención directa para suplantar a los actores sociales. Nadie puede ser en forma simultánea actor y analista o repicar y estar en la procesión. Cada uno representa un momento del conocimiento que interesa a ambos. En la rela-

ción observador-observado no funciona ni la distancia total, proclamada por el positivismo, ni la cercanía total, proclamada por ciertas metodologías de intervención social. Para una sana dinámica investigativa se requiere una relación auto-reflexiva que "sea una arena de responsabilidad, un espacio que comprometa un contrato cognitivo y ético entre investigador y actores".⁴⁸ Sólo de esta forma se potencian, al mismo tiempo, la acción colectiva y el conocimiento sobre ella. Esto, de paso, marca una diferencia de Melucci con el posmodernismo que niega el conocimiento del 'otro' por pertenecer a un marco cultural irreducible al del investigador.⁴⁹

En este punto Melucci reclama un acercamiento 'fenomenológico' al insistir que los actores de los movimientos sociales, "entienden el significado de sus acciones".⁵⁰ Esta postura fue cuestionada por Tilly a propósito del debate sobre su modelo con Goodwin y Jasper. En realidad aquí yacen dos concepciones —que no son nuevas en las ciencias sociales— sobre el papel del actor y la autocomprensión de su acción: una enfatiza los condicionamientos externos (neoestructuralismo) otra el potencial autónomo de los actores ('fenomenología').⁵¹

La preocupación sobre los nuevos fenómenos de la informática es también compartida por otro conocido analista de los movimientos sociales: Manuel Castells.⁵² Aunque el suyo es un texto que se ubica entre lo descriptivo y lo teórico, refleja la nueva postura crítica al estructuralismo que marcó sus primeros trabajos. Sin embargo, no olvida las estructuras, por demás imprescindibles en el estudio de la acción humana. El interés del autor es mostrar que de la crisis general del mundo actual, sometido al choque entre globalización e identidades particulares, pueden surgir nuevas formas de protesta y de poderes alternativos. La sociedad contemporánea —que llama sociedad de red (*network society*)— ex-

*En contraste con los
países desarrollados,
en América Latina
siguen vigentes
las luchas por
necesidades materiales.*

plota en una pluralidad de identidades agrupadas en tres tipos: legitimadoras (propias de la sociedad civil), de resistencia (o comunitarias) y proyectivas (de 'sujetos' sociales).⁵³

En medio de la maraña de redes globales y locales, el Estado nacional es hoy día un poder más entre otros que debe compartir su soberanía. Su crisis se extiende a la sociedad civil, la democracia y a la misma ciudadanía. Por tanto, las identidades legitimadas desde arriba, las de los viejos movimientos laborales por ejemplo, encuentran cada vez menos espacio en la sociedad contemporánea. La búsqueda de sentido se está produciendo, paradójicamente, con base en los principios comunitarios, la segunda forma de identidad señalada por el autor. En forma provocadora Castells indica que de los fundamentalismos religiosos y de los movimientos nacionalistas y territoriales están brotando las nuevas identidades que pueden producir sujetos con proyectos alternativos de sociedad. Así lo ilustra por medio de tres ejemplos: el neo-zapatismo de Chiapas contra el neoliberalismo y el dominio del PRI, los 'patriotas' norteamericanos que luchan contra el gobierno federal y las fuerzas supranacionales y la secta de iluminados japoneses 'Aum Shimrikyo', que pretende defender a su país de las economías externas. Pero no sólo de la dinámica defensiva brotan

las nuevas identidades; los movimientos proactivos —como los ambientales, pacifistas, feministas y de homosexuales— son también expresión de los nuevos sujetos que se constituyen en la sociedad contemporánea. Por ello, para Castells —independientemente de sus simpatías—, los movimientos sociales no son buenos o malos *per se*. En algo que nos recuerda a Offe y sobre todo a Melucci, afirma que los movimientos sociales simplemente son expresiones de los conflictos de la sociedad. Se supone que así estos autores suprimen la teleología en el estudio de la acción social colectiva.

También con Melucci, Castells señala que la nueva era informática plantea nuevos espacios públicos de conflicto. Un ejemplo es el creciente papel de los escándalos por corrupción que pululan en el mundo contemporáneo. No es que la corrupción no existiera antes, el punto es la nueva conciencia sobre ella alimentada por los medios de comunicación. Estos escenarios sugieren la creación de nuevos poderes en torno al control de los códigos culturales. Al recordar lo de la soberanía compartida de los Estados nacionales contemporáneos, el autor indica que el poder ya no reside exclusivamente en las instituciones y corporaciones tradicionales, sino cada vez más en las mentes de la gente.⁵⁴ Los nuevos sujetos históricos no son los sindi-

47 Para quien el 'sistema total de acción social' estaría compuesto del sistema de la personalidad de los actores, el sistema social como tal y el sistema cultural (Talcott Parsons, *El sistema social*. Madrid: Biblioteca Revista de Occidente, 1976, cap. 1)

48 *Challenging Codes...* pág. 396.

49 De esta forma, para los posmodernos, el objeto de investigación no es el 'otro' o el conocimiento de la realidad, sino la comunidad de investigadores (Ernest Gellner, *Postmodernism, Reason and Religion*. Londres: Routledge, 1992, cap. 2). Igualmente complicado es cuando los posmodernos intentan proponer nuevos modelos de acción social pues no sólo 'lavan' su mala conciencia sino que terminan expropiando las voces de los 'otros' que dicen respetar. Tal es el caso denunciado por Daniel Nugent sobre algunos intelectuales norteamericanos con relación a la guerrilla neozapatista ("Northern Intellectuals and the EZLN", *Monthly Review*, julio-agosto, 1995, págs. 124-138).

50 "The Process of Collective..." pág. 59.

51 Esta polaridad nos recuerda el conocido debate entre el althusserianismo y E. P. Thompson en torno al papel de las estructuras o del mundo de la experiencia en la historia. Ver del último la *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica, 1981 y de Perry Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid: Siglo XXI, 1985.

52 *The Power of Identity*. Oxford: Blackwell, 1997 (ya ha sido traducido al castellano). Esta obra es el segundo volumen de la serie publicada por el autor titulada *The Information Age: Economy, Society and Culture*. El énfasis de este segundo volumen, como el título lo sugiere, está en los movimientos sociales.

53 En el último punto hay una influencia explícita de Alain Touraine para quien SUJETO es "la construcción del individuo (o del grupo) como actor, por la asociación de su libertad afirmada y de su experiencia vivida asumida y reinterpretada" (*¿Qué es la democracia?*. Madrid: Temas de Hoy, 1994, pág. 31).

54 *The Power...*, pág. 359.

catos o los partidos políticos, que en todo caso siguen cumpliendo sus funciones, sino aquellos actores que movilizan símbolos.

De nuevo encontramos en Castells un sesgo que, si bien no desconoce las transformaciones estructurales del mundo moderno, pone el acento casi exclusivo en la cultura. Su inclinación a resaltar identidades primordiales, casi esenciales, es un colorido de esta postura. Esto, a su vez, lo lleva a anhelar cierta 'homogeneidad' en los movimientos sociales a pesar de señalar su heterogeneidad. Por ello habla, en singular, de una racionalidad propia de cada uno o de tendencias comunes en cada cual. Ignora la crítica de Mouffe y Laclau al sujeto unitario y con ello pierde la posibilidad de comprender la riqueza de lo que ocurre dentro de los movimientos sociales. Pero no deja de ser llamativa su lectura del mundo contemporáneo y la forma ágil en que integra los desarrollos teóricos recientes sin necesidad de excluir contrincantes, aunque se note más la cercanía hacia autores como Touraine o Melucci.

Después de este acercamiento a las lecturas nórdicas de la acción colectiva que hemos llamado híbridas —por estar entre lo material o lo cultural, entre lo estructural y lo fenomenológico— y luego de ponderar sus aportes y limitaciones, hemos de dar paso a la consideración del significado de la acción colectiva en nuestro subcontinente.



LAS LECTURAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DESDE AMÉRICA LATINA

Hasta ahora hemos considerado autores y teorías que miran más a los movimientos sociales de países del mundo desarrollado que a nuestro subcontinente, aunque no han faltado algunas reflexiones críticas en ese sentido. Es hora de asumir la particularidad de la acción social colectiva en América Latina. Lo haremos en dos partes: primero, con alguna consideración sobre la aplicación y desarrollo de las teorías generales ya vistas y luego, con

una aproximación a nuevas tendencias en la lectura de movimientos sociales particulares.

Los autores que han intentado un acercamiento teórico a partir de la realidad latinoamericana coinciden en señalar que en el subcontinente ha tenido más peso el paradigma de construcción de identidad que su contraparte norteamericana de 'movilización de recursos'.⁵⁵ En cualquier caso, advierten que es necesario tener una mirada cautelosa, si no escéptica, sobre la aplicación de dichos modelos, pues suponen procesos históricos que no se han dado en nuestros países. Sin tal perspectiva crítica muchas veces nuestros analistas terminan investigando más con el deseo que con la realidad. Una de las consecuencias es anunciar movimientos donde no existen, pues, como dice Foweraker, "no todo lo que se mueve es un movimiento social".⁵⁶

Si en América Latina hasta los años sesenta predominaban los movimientos de clase, obrero y campesino principalmente, en los setenta irrumpieron los urbanos, que pusieron sobre el tapete el tema de los 'nuevos' movimientos sociales. Por esa vía se leyó a los teóricos europeos de las luchas urbanas (Castells, Borja y Touraine, entre ellos). Aquí hay un primer choque entre teoría y realidad, pues si desde Europa se enfatiza la relación entre movimientos sociales y sociedad civil, en América Latina la precaria existencia de esta última y el papel central del Estado hacen que desde el principio la acción social colectiva se *politice*. El contexto de dictaduras en gran parte del subcontinente reforzó la dinámica de los movimientos sociales en favor de la democratización. Esa politización de la acción social le impone un reto adicional consistente en la lucha por su *autonomía* ante el Estado y el sistema político.⁵⁷ Sobre este punto no hay consenso entre los investigadores, pues mientras los que defienden el mayor impacto cultural de los movimientos sociales creen en su creciente autonomía, los que insisten en la acción política de éstos dudan de su real distancia en relación con el Estado y con los partidos.⁵⁸

También, en contraste con los países desarrollados, en América Latina siguen vigentes las luchas

por *necesidades materiales* que se dirigen hacia el Estado en la medida en que éste no cumple con sus promesas de bienestar. Pero no sólo este último es el antagonista de muchas luchas materiales de los actores subordinados; sectores pudientes de la sociedad civil incrustados por lo común en el sistema político son también con frecuencia objeto de las contestaciones populares. Lo significativo del subcontinente es la vigencia de luchas básicas, a veces por la simple sobrevivencia física, que se consideran ya superadas en los países del Norte.

Otro aspecto de diferencia yace en el peso de los 'viejos' actores en los 'nuevos' movimientos sociales, hasta desdibujar una diferencia que es clave en Europa. El movimiento laboral, por ejemplo, no sólo es la matriz originaria de las luchas sociales sino que él mismo se puede transformar en 'nuevo' movimiento social. El punto de ruptura entre lo 'viejo' y lo 'nuevo' radica en la construcción de identidades. Los actores muchas veces son los mismos — Estado, productores y consumidores —, pero las *convergencias* pueden producir *nuevas identidades*. Estas, como ya se ha dicho, no responden a intereses *a priori*, son construcciones históricas. Ello se refleja, por ejemplo, en los movimientos de género. Las mujeres han sido actores sociales desde tiempos inmemoriales, pero sólo recientemente construyen identidad como género. En el acercamiento

de Foweraker, los movimientos de mujeres en América Latina no se quedan en el énfasis particular y en la reivindicación de la diferencia, sino que se proyectan socialmente porque sus luchas se intersectan con las de otros excluidos y con todos los que demandan democracia. Además, las identidades son múltiples: la gente puede movilizarse como mujeres o maestros, estudiantes o demócratas, trabajadores o socialistas.⁵⁹

Durante el despertar de los movimientos urbanos en los años setenta y principios de los ochenta, no faltaron voces exaltadas que los colocaban como la nueva vanguardia revolucionaria. Algunos autores, como Tilman Evers, no sólo sobrevaloraron la 'novedad' de esos movimientos sino que llegaron a decir que su potencial no era político sino de renovación cultural de las prácticas cotidianas.⁶⁰ Era un llamado, con cierta acogida entre la intelectualidad del subcontinente, a una contra-cultura apolítica que hacía eco al sesgo culturalista ya criticado. Pero aun estos autores debieron reconocer que el encuentro con el Estado era inevitable, no sólo como antagonista sino como interlocutor. Por ello, hablaban utópicamente de la 'recreación de la política' y de 'politizar' la vida cotidiana.⁶¹

Después de ese despertar de los movimientos sociales, hacia fines del decenio anterior e inicios del presente, las lecturas se vuelven más sobrias

55 En particular los ya citados Joe Foweraker, *Theorizing...* y Willem Assies, "Of Structured..."

56 *Theorizing...* pág. 4. El autor aporta su propia definición: "...el movimiento social debe exhibir un (...) propósito colectivo y un tipo de objetivo político (construido ampliamente) que requiere interacción con otros actores políticos, por lo común actores estatales y, al contrario de los grupos de interés o las ONG, debe también MOVILIZAR a sus adherentes en pos de sus propias metas" (ibid., pág. 4).

57 W. Assies, "Of Structured...", pág. 88. El problema de la autonomía de los movimientos sociales parece ser específico de América Latina, por su necesario contacto con el Estado. En Europa y Norteamérica casi que es una característica de los 'nuevos' actores sociales.

58 En el fondo este debate es reflejo de las posturas ante el papel de los movimientos sociales en el subcontinente. Tilman Evers, por ejemplo, los mira como la alternativa para recrear la política y la sociedad, por tanto postula su autonomía ("Identity..."). Autores como Foweraker (*Theorizing...*) y Assies ("Of Structured..."), al creer en una acción politizada que institucionaliza a los movimientos sociales, dudan de su real autonomía. Alain Touraine estaría en un término medio pues aunque insiste que en América Latina los movimientos sociales han sido débiles, en la medida en que los Estados nacional-populares desaparecen los actores sociales logran mayor autonomía ("De la mañana de los regímenes nacional-populares a la víspera de los movimientos sociales", *LASA Forum*, Vol XXVIII, No. 3, otoño de 1997). Este es un punto que requiere análisis empírico de las situaciones concretas, pues con la sola teoría no se resuelve.

59 *Theorizing...* pág. 60.

60 "Identity: The Hidden Side of the New Social Movements in Latin America", en David Slater (ed.), *New Social Movements and the State in Latin America*. Amsterdam: CEDLA, 1985.

61 Ibid., pág. 48.



cuando no escépticas.⁶² El optimismo no desapareció del todo especialmente en las de corte estructural, no lejanas del marxismo, como fue la recopilación hecha por Susan Eckstein de fines de los ochenta.⁶³ La autora, en la introducción, enfatiza el peso de la estructura socio-económica en la comprensión de las acciones tanto de arriba como de abajo, con lo que se aparta definitivamente de las posturas del individualismo metodológico. Pero matiza este énfasis al decir que si bien la protesta tiene que ver con las condiciones materiales, no se agota allí. Inicia así una mirada hacia las luchas sociales del momento en América Latina. Destaca, como rasgo común, el peso de los conflictos en torno al mercado a medida que más población entra en contacto con él. Ello incluye las protestas contra instituciones 'globalizadoras' (FMI y Banco Mundial) que fueron comunes en los años ochenta. A propósito de éstas últimas, el autor que las trabaja en detalle en el mencionado libro, afirma que no son "erupciones espasmódicas de masas marginales" sino rebeliones morales de sectores laborales e intelectuales contra palpables injusticias.⁶⁴

En contraste con su énfasis inicial en la economía, Susan Eckstein llama la atención sobre protestas que se salen del conflicto en los mercados. Toca luchas como las étnicas o raciales, en donde el problema no es tanto el empobrecimiento absoluto como el relativo, en comparación con otros grupos. Curiosamente, encuentra que los movimientos más fuertes brotan en sectores no definidos por la producción (mujeres y comunidades de base). Por esta vía de análisis llega a conclusiones similares a las

propuestas por Tilly y Tarrow, sin que la autora muestre especial simpatía por ellos. Así señala que, por ejemplo, el régimen democrático favorece más la solución de los conflictos y una salida reformista, aunque la coyuntura internacional también ayude al desenlace de las protestas.⁶⁵ Agrega que la mayor participación de los de abajo hace que la respuesta estatal sea menos represiva.

Las lecturas neoestructurales no son cosa del pasado en nuestro subcontinente. Por el contrario, siguen aportando luces a la comprensión de los movimientos sociales. Tal es el caso del reciente trabajo de síntesis del sociólogo boliviano Fernando Calderón.⁶⁶ En él se afirma que estamos ante una crisis total: del capitalismo, de los Estados nacionales, de las sociedades civiles y, en el fondo, de la idea de modernidad que se construyó en América Latina a partir de la revolución mexicana. Los movimientos sociales no son ajenos a esta crisis general y así lo confirma el crudo panorama que describe el autor en torno a la atomización de los actores sociales, viejos y nuevos. Resalta, sin embargo, tres movimientos que marcan una dinámica nueva: los de derechos humanos, los étnicos y los de mujeres. Los primeros reivindican algo que se daba por supuesto (y que se despreció en los años sesenta). Aunque la lucha por la vigencia de los derechos humanos es defensiva, se mueve en la lógica del consenso. En los segundos, Calderón resalta la búsqueda de identidad y el gran peso de la cultura, refiriéndose a los indígenas. Sobre los terceros distingue entre los de mujeres y los feministas propiamente dichos. Los unos reivindican la *igual-*

62 Kenneth M. Roberts, "Beyond Romanticism. Social Movements and the Study of Political Change in Latin America", *LARR*, Vol. 32, No. 2, 1997.

63 *Power and Popular Protest*. Berkeley: University of California, 1989.

64 John Walton, "Debt, Protest, and the State in Latin America" en *ibid.*, pág. 320. El argumento, que nos recuerda a James Scott y sobre todo a E. P. Thompson, es útil para comprender una forma de movilización que se generalizó en el subcontinente aunque no está exento del triunfalismo fruto de la euforia de las luchas sociales de mediados de los ochenta.

65 Para la autora, dichos regímenes "que dependen de la legitimidad masiva están más dispuestos a responder a la protesta con reformas, especialmente si ellos tienen la disponibilidad de recursos para hacerlo" (*Ibid.*, pág. 46). Parece un argumento de 'oportunidad política'.

66 *Movimientos sociales y Política. La década de los ochenta en América Latina*. México: Siglo XXI, 1995.

dad y los otros la *diferencia* de género.⁶⁷ En el movimiento de mujeres hay más componente popular y por tanto, son más vulnerables a la crisis económica. En el feminista hay una reivindicación eminentemente cultural. A pesar de las dinámicas y horizontes diferentes, ambos movimientos se complementan.

En todo caso, para Calderón la crisis del Estado nacional marca los nuevos rumbos de la acción social colectiva. Ésta oscila entre la fragmentación y el pluralismo. Como pueden resultar nuevas solidaridades y autonomías, también estos rasgos pueden desaparecer. La coexistencia de distintos tiempos socio-culturales (desde la premodernidad hasta la posmodernidad) hace más complejo el momento de inflexión que viven. Calderón llama la atención, por último, sobre el papel de los investigadores en la crisis para no quedarse en el desconcierto y aportar lecturas creativas para comprenderla. Consistente con su análisis estructural, considera que la categoría clase debe ser la central en la interpretación de los movimientos sociales, pero son clases en construcción, pues las relaciones sociales no están aún consolidadas.⁶⁸

Ahora bien, no sólo el paradigma neoestructuralista sigue siendo fuente de interpretación en los movimientos sociales latinoamericanos. También hay quienes recaban la importancia de la cultura en la acción social colectiva, aunque sin tanto entusiasmo como en el decenio pasado. Así lo expresa la compilación reciente de Sonia Álvarez, Evalina Dagnino y Arturo Escobar.⁶⁹ En realidad el tema del libro, fruto de un trabajo interdisciplinario y transnacional, es la interacción entre cultura y política. En una propuesta novedosa, los autores no sólo intentan redefinir cada ámbito, sino ponerlos en relación mutua frente a la dinámica de los movimientos sociales. La 'cultura' no es algo estático y aislado, y la 'política' es más que la mera acción parlamentaria. Los movimientos sociales no sólo participan de las culturas de una sociedad, sino que inciden en la configuración de sus políticas. Comparten los paradigmas de la modernidad occidental, que llegaron deformados a América Latina, pero, a su vez, buscan superarlos.

Esta mirada entre la política y la cultura presta atención al Estado, pero también a las redes sociales, a los nuevos espacios de lo público y a la revitalización de la sociedad civil vía las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), punto que no había sido muy desarrollado por la literatura antes considerada. Los autores observan también con cuidado el impacto de la globalización en la dinámica de los movimientos sociales, que no es siempre negativo.

Cada uno de los incluidos en la compilación desarrolla a su manera esta propuesta interactiva.⁷⁰ En su contribución, Evalina Dagnino, por ejemplo, muestra cómo la izquierda latinoamericana ha aprendido a mirar las relaciones entre cultura — antes considerada secundaria o ideológica — y política. Así, la izquierda descubrió no solo a Gramsci, sino las raíces de su propio autoritarismo, y aprendió a valorar los movimientos sociales. Todo ello socavó su vanguardismo y la colocó en un mismo campo ético-político con los nuevos actores sociales — así lo ilustra la autora para el caso brasileño.

Sonia Álvarez y Elizabet Jelin, por su parte, desarrollan en sus respectivos artículos el papel de las ONG en la revitalización de la sociedad civil y los riesgos de este nuevo protagonismo. Para Álvarez las ONG sin duda han fortalecido el movimiento de mujeres pero han introducido nuevas tensiones en su dinámica. No es sólo la institucionalización que implican las ONG, sino el diferente tipo de identidad que construyen: mientras las activistas de los movimientos apelan a la asociación voluntaria, las integrantes de ONG son funcionarias remuneradas. Jelin, por su lado, se muestra preocupada por el juego que las ONG pueden hacer al mandato neoliberal de desmontar el Estado. Para ambas autoras las ONG pueden correr el riesgo de pasar de ser Organizaciones NO a NEO Gubernamentales.

Después de este recorrido por las aproximaciones generales a los movimientos sociales en América Latina conviene dar un último paso consistente en analizar algunas miradas históricas sobre movimientos concretos para ver por dónde va la investigación en este terreno. Lo primero que llama

la atención es que cuando se miran los estudios históricos de la acción social colectiva resaltan los análisis sobre las clases que tradicionalmente han marcado la protesta social en el subcontinente. Esto, además de ser un evidente sesgo de los historiadores —buscar en el pasado las expresiones colectivas más visibles—, ratifica que en América Latina la distinción a secas entre 'viejos' y 'nuevos' movimientos sociales no funciona. Simplemente porque gran parte de la renovación de la acción social colectiva proviene de los movimientos clasistas.

Un primer actor que recibe mucha atención historiográfica es el campesinado. Los campesinos no conforman UNA clase homogénea dada la diversidad de intereses materiales, para no hablar de otras dimensiones étnicas y territoriales que luego tocaríamos. Los movimientos campesinos son, por tanto, heterogéneos, así en coyunturas históricas aparezcan cohesionados. Uno de esos momentos cruciales en la historia de América Latina durante este siglo fue la revolución mexicana, cuando, como dice Friedrich Katz, "se mitificó al campesino".⁷¹ El mismo autor se hace una pregunta clave para entender la lógica de la acción colectiva popular en el subcontinente: ¿por qué los campesinos mexicanos no se rebelaron cuando estaban sufriendo expropiaciones de tierras y mayor deterioro en las condicio-

nes de vida (por ejemplo, a fines del siglo XVIII o a fines del XIX)?⁷² El problema es que Katz no da una respuesta contundente a la pregunta porque, entre otras cosas, no puede hacerlo, dada la complejidad de los procesos históricos implicados. Encuentra, sin embargo, argumentos en el poder del Estado colonial o el férreo gobierno porfirista, pero también en la pérdida de cohesión de los campesinos —durante el porfirismo se debilitaron los lazos comunales—, que sugeriría un modelo explicativo cercano a la 'oportunidad política' con atención a las redes comunales de los actores sociales. Es evidente que el terreno de análisis planteado por Katz desborda la mera determinación económica como explicación de la acción colectiva, para tocar variables políticas, de cohesión social y, en últimas, culturales.⁷³

En otro texto colectivo posterior se retoma el tema de la rebelión campesina pero en un contexto más amplio: nos referimos al debate en torno a la relación entre procesos de formación del Estado y las culturas populares en el caso mexicano.⁷⁴ Los términos de la discusión los pone el mismo James Scott al preguntar qué tanto influye en el proyecto hegemónico del Estado la movilización popular y las expectativas revolucionarias. Alan Knight, historiador experto en la revolución mexicana, intenta

67 Joan Scott hace una interesante precisión en torno a la oposición entre igualdad y diferencia. A sus ojos es falsa, pues lo opuesto a la igualdad es la inequidad y de la diferencia es lo indéntico (*Gender and the Politics of History*. Nueva York: Columbia University, 1988, cap. 8).

68 *Movimientos sociales...*, pág. 129.

69 *Cultures of Politics, Politics of Cultures (Revisioning Latin American Social Movements)*. Boulder: Westview Press, 1998. La revisión hace mención al anterior libro de Alvarez y Escobar, *The Making of Social Movements in Latin America*. Boulder: Westview Press, 1992. Si este primer libro fue una mirada de los movimientos sociales del subcontinente a la luz de las teorías en boga, el segundo es un intento de crear modelos teóricos acordes con la realidad latinoamericana.

70 El ensayo de Arturo Escobar será analizado más adelante cuando toquemos los movimientos étnicos.

71 "Introduction: Rural Revolts in Mexico" en el libro que compiló el mismo autor, *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*. Princeton: Princeton University, 1988, pág. 3.

72 "Rural Rebelions After 1810" en *Riot...*, pág. 536.

73 En su contribución al mismo texto, Ulises Beltrán ilustra cuantitativamente, para Oaxaca en el siglo XVIII, cómo las crisis económicas no conducen necesariamente a protestas. Son los años 'normales' los que más acciones de contestación demuestran. La dimensión cultural, y en concreto regional, es sugerida también en los respectivos ensayos de John Tutino y Arturo Warman.

74 Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation*. Durham: Duke University Press, 1994. Ver especialmente el capítulo introductorio de los dos autores en donde se dice que el intento del libro es traer al Estado de nuevo a los estudios históricos sin dejar afuera a la gente.

responder a la pregunta al distinguir entre el *proceso* y los *resultados* revolucionarios.⁷⁵ Para el estudio del primero encuentra útiles las herramientas analíticas aportadas por Scott, pues ellas dan cuenta tanto de los cortos episodios revolucionarios como de los lentos procesos de formación de culturas de resistencia. Coinciden los dos autores en resaltar el papel activo de los campesinos en los procesos revolucionarios. Pero para Knight, Scott se queda corto al mirar los resultados de la revolución, por la errada forma de concebir la hegemonía del nuevo Estado revolucionario. Este crea una nueva legitimidad que permea a fondo la sociedad precisamente porque lo hace por medio de formas culturales utilizadas en su favor.⁷⁶

A nuestros ojos, la distinción que hace Knight entre proceso y resultados puede servir para incorporar dos tradiciones teóricas en una misma interpretación histórica, pero deja vivas muchas dudas en torno a la construcción de hegemonía. Ella abarcaría, por tanto, dos fases: una dinámica y de disputa —la del proceso—; y otra con gran estabilidad y poca contestación —la de los resultados—. Esto lleva a una mirada un tanto estática y algo desproporcionada de la hegemonía, al menos cuando ella se consolida.⁷⁷

El antropólogo William Roseberry se propone resolver el problema planteado al retomar la categoría hegemonía en Gramsci.⁷⁸ Lejos de concebirla como el total consenso ideológico, el pensador italiano la percibió como un campo inacabado de permanente disputa. En ese sentido proceso y resultados están siempre presentes. Roseberry avanza un poco más al recordarnos que Gramsci hablaba de dos niveles de hegemonía: la de los grupos dominantes que se da en torno al Estado; y la de los subordinados que brota en la creación de un nuevo bloque histórico. En ambos casos la 'unificación' histórica, de arriba y de abajo, está por construirse. Aunque siempre la hegemonía es una combinación de coerción y consenso, la dominante enfatiza la coerción, la subordinada, cuando se logra, el consenso. Pero toda hegemonía es frágil y está en permanente disputa. Por tanto, para Roseberry ella es

una categoría útil para entender el conflicto más que su (aparente) desaparición, conclusión contraria a la que había extraído James Scott como ya vimos.

Otro momento que concentra estudios sobre los campesinos corresponde a los años sesenta, cuando se hizo evidente la crisis de las estructuras agrarias en el subcontinente. En esos años, como señala en otra contribución William Roseberry, la intelectualidad urbana supuso no sólo una homogeneidad de los trabajadores rurales sino un antagonismo permanente con el gran latifundio.⁷⁹ Este supuesto se derivaba de una mirada plana, como si el agro latinoamericano fuera igual en sus distintos espacios y no hubiera sufrido grandes alteraciones en el tiempo. El problema para Roseberry está en los estructuralismos que alimentaban lecturas dualista o dependentistas que desconocían a los actores concretos. Esta limitación se intentó superar desde distintas disciplinas en los años setenta y ochenta, cuando muchas de las formas tradicionales de movilización campesina entraron en crisis y las reformas agrarias se paralizaron. De esta forma afloraron estudios como los ya vistos sobre las culturas campesinas, sus identidades regionales, étnicas y de género, y sobre el papel 'político' de los actores rurales. Si hoy el debate Lenin-Chayanov queda atrás, no se ignoran dimensiones cruciales para entender el mundo agrario como los tipos de economía y de relación con la tierra, e incluso el papel de los campesinos en las economías exportadoras y en la globalización.

El mundo laboral latinoamericano ha sido objeto también de importantes búsquedas historiográficas. Sin ánimo de ser exhaustivos, pues la literatura reciente es abundante, presentaremos dos ejemplos recientes que sugieren parte de los nuevos derroteros investigativos para culminar con algunas consideraciones sobre género y etnia. El primero, curiosamente, no tiene un énfasis estrictamente laboral. Se trata del reciente libro de Barbara Weinstein sobre el proyecto de paz social de los industriales paulistas, que implicaba 'moldear' a la clase obrera de la región.⁸⁰ Salta a la vista una primera

sugerencia: los estudios laborales no pueden ser asumidos aisladamente de otras clases, en este caso los industriales, quienes son a su vez antagonistas y 'compañeros' de viaje temporales. Los proyectos de SENAI (Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial) y SESI (Servicio Social de la Industria) contruidos por los empresarios paulistas no buscaban sólo controlar la mano de obra —lectura tradicional marxista— sino plasmar una utopía empresarial que contó con cierto apoyo obrero. Para la autora, esto fue posible porque obreros e industriales se movían en un mismo 'campo discursivo': ambos se declaraban campeones del progreso y la modernidad. Dichos proyectos empresariales, de paso, ilustran que la teoría de un Estado hegemónico que impone desde arriba la dominación no es cierta en el caso paulista. Fueron los industriales los que forzaron a los agentes estatales a aceptar propuestas surgidas de ese tácito acuerdo obrero-empresarial.

Pero el mundo que describe Barbara Weinstein no es de completa armonía y conciliación. La aceptación obrera no fue permanente e incondicional. Incluso hay diferencia entre los dos proyectos. El SENAI fue un esfuerzo más técnico por capacitar la fuerza de trabajo e incrementar la productividad. El SESI, por el contrario, representó una estrategia de control, que plasmó la utopía empresarial y por tanto recibió mayor contestación obrera. De ambos

se beneficiaron los dos actores implicados, e incluso el Estado, en la medida en que se logró cierta 'paz social'. Pero indudablemente estos proyectos reflejaron también un choque de intereses, no sólo referidos al mundo material. Los empresarios, por ejemplo, partían de imágenes negativas y hasta racistas de los trabajadores. Por ello había que educarlos y 'disciplinarlos'. En muchos programas concretos los trabajadores no fueron consultados, se los impusieron. Incluso los empresarios favorecieron distorsiones en el mercado laboral. En ese sentido, el SENAI estimuló la expansión de una mano de obra masculina para la economía formal.

Lo novedoso del análisis de Weinstein está en esa convergencia temporal y no exenta de conflictos entre empresarios, trabajadores y Estado. Aunque ella no habla de hegemonía y sí de algo que no precisa mucho —el 'campo discursivo'—, creemos que es un excelente ejemplo para verla funcionar en concreto.⁷⁵ Reconocer tanto una dimensión utópica en los empresarios, como una capacidad de concitar apoyo obrero y estatal, enseña la gestación de proyectos hegemónicos de consenso, sin que la coerción se anule.

El otro ejemplo de nuevas tendencias investigativas es el texto compilado por John French y Daniel James no sólo sobre las mujeres trabajadoras sino sobre la *perspectiva de género* en los estudios

75 "Weapons and Arches in the Mexican Revolution Landscape", *ibid.*

76 Aquí se apoya más bien en Philip Corrigan y Derek Sayer quienes insisten en que la construcción del Estado es una gran 'revolución cultural' que crea una gran homogeneidad (*The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*. Oxford: Basil Blackwell, 1985). Benedict Anderson ofrece otra perspectiva al señalar que los Estados nacionales se apoyan en consensos previamente contruidos para consolidar su dominio (*Imagined Communities*. Londres: Verso, 1991, 2a edición).

77 Apoyado en la misma distinción entre procesos y resultados, el reciente libro de Florencia Mallon avanza en el debate sobre la construcción de hegemonía en algunas regiones del subcontinente durante el siglo XIX (*Peasant and Nation: The Making of Post Colonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press, 1995). Lo interesante es la hipótesis sobre la construcción de hegemonías 'comunales', fruto de la convergencia de distintos intereses subordinados, que se opusieron a los proyectos de las élites aunque por lo general fueron derrotadas. Estos resultados marcarían el futuro de las naciones en consideración.

78 "Hegemony and the Language of Contention", *ibid.*

79 "Beyond the Agrarian Question in Latin America" en Frederick Cooper (ed.), *Confronting Historical Paradigms*. Madison: University of Wisconsin Press, 1993.

80 *For Social Peace in Brazil. Industrialists and the Remaking of the Working-Class in Sao Paulo, 1920-1964*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1996.

81 La autora, sin embargo, lleva muy lejos lo de los 'elementos comunes' al decir que incluso el 'nuevo sindicalismo' que dió origen al Partido de los Trabajadores (PT), es una adaptación del discurso del SENAI (*ibid.* pág. 342).

laborales.⁸² Reiterando algo que ya hemos visto, los autores insisten en que la categoría género es más una relación que una 'cosa'. En concreto es una relación construida en interacción, no sin conflicto, con el otro género. El libro, por tanto, es un llamado de atención sobre el peso de las mujeres en el mundo laboral, peso fluctuante según coyunturas, y sobre lo que significa estudiarlo desde la perspectiva de género. Las historias que se narran en el texto resaltan dimensiones subjetivas y afectivas de mujeres (y hombres) en un contexto productivo y político que no les es ajeno.⁸³ Son también historias de militancia sindical y política de mujeres y de las resistencias (y apoyos) que reciben de los hombres.

La perspectiva de género también tiene consecuencias metodológicas en la narrativa histórica. Nuevas fuentes se consolidan, en particular la llamada historia oral, más cercana al mundo subjetivo. Pero también dicha perspectiva ayuda a la construcción de nuevas identidades. Ello implica cuestionar y 'descentrar' la tradicional narrativa laboral construida desde el mundo patriarcal que permea toda su historia, hasta 'masculinizar' a las pocas mujeres que resalta.

Pero no sólo las identidades de género se resaltan como nuevos procesos sociales dignos de analizar. Peter Wade, apoyándose en su experiencia de campo en Colombia, intenta conceptualizar qué es *etnia* y *raza* hoy en el contexto latinoamericano.⁸⁴ En una afirmación de tenor similar a las de Castells, Wade señala que en el mundo contemporáneo, lejos de desaparecer las identidades étnicas y raciales, cobran creciente importancia, aunque en forma desigual. Etnia y raza son conceptos que no tienen referencias fijas. Si lo racial remite a diferencias fenotípicas y lo étnico a culturales, no es menos cierto que ambas son categorías socialmente construidas.

En el caso latinoamericano es evidente la trayectoria diferente de los indígenas y los negros. La distinción tiene raíces históricas: al negro lo conocían los europeos mientras al indio no; de ahí los distintos tratamientos desde las épocas coloniales. En los nuevos Estados nacionales cada uno ocupó

un espacio diferente, no sólo territorial sino en el imaginario de la mayoría. Ese contexto nacional cobra importancia para negros e indios latinoamericanos en tiempos recientes. En Colombia, por ejemplo, lograron importantes derechos y, sobre todo, consiguieron consagrar el multiculturalismo como principio constitucional.⁸⁵

Así como la perspectiva de género implica 'descentrar' las narrativas tradicionales patriarcales, las étnicas y raciales replantean la relación observador-observado. Ambos deben aportar mutuamente el conocimiento que poseen a partir de sus diferencias, pero conservando alguna noción de 'verdad'. Para una relación equilibrada se requiere un deseo positivo de conocer la realidad, cosa que el posmodernismo pone en cuestión, inclinando de paso en favor del observador —el único que la puede reconstruir— la relación bipolar del conocimiento social.⁸⁶



CONCLUSIONES

Al final de este largo recorrido teórico-metodológico es legítimo hacer un balance somero y extraer algunas conclusiones provisionales. Aunque no podamos decir que encontramos modelos teóricos y categorías absolutamente novedosos, creemos que se clarifica el panorama de la investigación sobre movimientos sociales. Resalta, por ejemplo, la insistencia de muchos autores en la construcción interactiva o relacional de la realidad social, que no es resultado de condicionamientos 'objetivos', ni tampoco de meros discursos 'subjetivos'. La acción humana, en este caso colectiva, es la generadora de la sociedad, pero ella está al mismo tiempo constreñida por aspectos estructurales. En este último punto los análisis neoestructurales siguen aportando luces siempre y cuando eviten los modelos invariantes y ahistóricos.

La cultura, concepto aún vago, ocupa un interés creciente en los investigadores de los movimien-

tos sociales. Trátese de los 'textos ocultos', los repertorios de contestación, los marcos culturales —sociales o particulares— o la construcción de identidades, la cultura es al mismo tiempo algo heredado y en permanente transformación, algo propio y con préstamos externos. La identidad colectiva y pública —por no tocar la individual— de los distintos actores no es reflejo 'natural' de estructuras externas, aunque ellas la constriñen. Es siempre construida en relaciones y requiere un reconocimiento mínimo del otro. Las identidades que se observan en el mundo contemporáneo pueden provenir de ámbitos comunales o societales, de movimientos 'reactivos' o 'proactivos', pero en general miran al futuro, bien sea para radicalizar la democracia y con ella los aspectos inconclusos de la modernidad, o bien para construir modelos alternativos de sociedad.

El recorrido realizado también ha arrojado críticas tanto a los modelos establecidos en el plano mundial como a las nuevas propuestas que hemos llamado híbridas —entre lo material y lo cultura—. Sobre las limitaciones de los primeros no es necesario abundar. Dentro de las últimas, resalta el riesgo de sobrevalorar la cultura y casi caer en un nuevo reduccionismo que hace de ella la única explicación de la acción social colectiva. Por la misma vía tocamos no solo fantasmas del pasado, los estructuralismos supuestamente superados, sino los del presente, el posmodernismo, principalmente. Ambos plantean que la realidad difícilmente se conoce, pues está precedida por estructuras determinantes o por discursos que obstaculizan nuestras percepciones. Pero, por fortuna, los autores estudiados comparten, en

mayor o menor grado, la idea de que la realidad existe más allá de nuestra mente y que la podemos conocer en aras de potenciar la acción. El mundo contemporáneo pone retos no sólo a los actores sino a los investigadores. Los debates recientes sobre el quehacer científico exigen descentrar las narrativas tradicionales en torno al género, la etnia y otras perspectivas novedosas. Pero también exigen nuevos 'contratos' entre observador y observados que mantengan los momentos diferentes del conocimiento, buscando el mutuo aporte para desarrollar tanto la acción social como la ciencia.

El aterrizaje en América Latina exige unas precisiones conceptuales y metodológicas sin las cuales es imposible conocer la realidad. Una inicial es que la distinción entre 'viejos' movimientos clasistas y 'nuevos' movimientos sociales se desdibuja en el subcontinente porque las demandas materiales, a veces por condiciones mínimas de existencia, aún están al orden del día. Además, la renovación cultural se está produciendo también en el seno de las clases.

Por último, dado el protagonismo del Estado en nuestro desarrollo, los movimientos sociales, quieran o no, terminan en relación antagónica o de colaboración con él. Ello implica pensar las condiciones reales de autonomía mutua. La debilidad de las sociedades civiles, por su parte, otorga protagonismo a los movimientos sociales y recientemente a las ONG lo que implica redefinir su papel.

Por donde se mire, la acción social colectiva en el subcontinente desemboca en la política, lo que replantea la distinción entre una y otra, propia de los teóricos europeos. Algunos autores enfatizan

82 *The Gendered Worlds...* Los autores incorporan muchos de los planteamientos de Joan Scott sobre las consecuencias historiográficas de la perspectiva de género (*Gender and the Politics...*).

83 Un buen ejemplo es el artículo de Ann Farnsworth-Alvear sobre las formas de sociabilidad de las textileras en Medellín ("Talking, Fighting, Flirting: Sociability in Medellín Textile Mills, 1935-1950").

84 *Race and Ethnicity in Latin America*. Londres: Pluto, 1997.

85 Este punto es resaltado también por Arturo Escobar, Libia Gruesso y Carlos Rosero, para quienes las luchas de las comunidades negras del Pacífico colombiano son luchas de ecología política ("The Process of Black Community Organizing in the Southern Pacific Coast Region of Colombia" en Alvarez, Dagnino y Escobar, *Cultures of Politics...*, pág. 211). En reciente conversación, Christian Gross insistió en que fue el cambio en la política del Estado colombiano, presionado en parte desde el exterior, lo que abrió la oportunidad (política) para estos avances étnicos.

86 Estas interesantes reflexiones metodológicas, en sintonía con las ya sugeridas por Melucci, en Peter Wade, *Race...* cap. 7.

una en detrimento de la otra o simplemente piensan que son una sola; hay también quienes las ven como complementarias pero no logran explicar las diferencias reales que observan en la cotidianeidad de las sociedades.⁸⁷ En cualquier caso reiteramos que hay lógicas de acción colectiva que responden a lo que llamamos el campo de lo social —aquel de demandas particulares que reflejan las diferencias—, y otras al mundo de la política —más general y donde se negocian dichas diferencias y los intereses particulares—.⁸⁸

Una posible vía de solución a este dilema puede ir por la reconceptualización de la categoría aquí tan utilizada pero tan poco comprendida: *hegemonía*. Verla a la manera gramsciana como coerción y consenso, como imposición y contestación, como algo que construyen los de arriba y los de abajo, puede ayudar a entender el marco amplio en donde siempre se da la construcción de poderes y de repertorios de contestación.⁸⁹ Ella es siempre disputada, nunca termina de estar totalmente cimentada ni en el plano nacional ni en ámbitos más locales. Los

grupos subordinados juegan un papel determinante no sólo por la aceptación de, o la resistencia a, los proyectos nacionales y globales, sino por la eventual construcción de hegemonías sectoriales o regionales, así en América Latina casi siempre terminen siendo excluidos. En los repertorios de contestación habrá siempre intereses particulares y más generales que tal vez impliquen romper con la tajante división conceptual entre lucha social y política. Así se podrá entender mejor el *continuum* de la acción colectiva que hacen los seres humanos para responder al presente y de esa forma moldear el futuro. La categoría de hegemonía también puede servir para responder a nuestra acuciante pregunta sobre por qué se rebelan o no, se movilizan o no, los actores sociales. De esta forma podremos comprender la acción humana concreta que, aunque constreñida por contextos estructurales, siempre puede trascender el mundo de la necesidad por el del deseo y la libertad.

.....

87 Un ejemplo de lo último en Rodrigo Baño, *Lo social y lo político*. Santiago de Chile: FLACSO, 1985. El autor resuelve la oposición entre ambas lógicas de acción al mirar el desarrollo de dos movimientos diferentes: el de pobladores, más desconfiados de los políticos, y el laboral, desde el principio signado por la relación con el Estado y el sistema político (pág. 153). Para él la distinción entre lo social y la política no es esencial sino que depende de las formas de dominación vigentes en la sociedad (, pág. 159).

88 En un artículo anterior ("Utopía armada...", 1996) intentamos resolver la tensión entre las dos formas de acción, atribuyendo las demandas particulares a lo social y las generales a la política, aunque reconocíamos que ambas conveían en un mismo escenario público, es decir lo político. La distinción entre la política institucionalizada y lo político como lo público fue sugerida por Robert Lechner ("Los nuevos perfiles de la política", *Nueva Sociedad*, No. 130. mayo-abril de 1994).

89 En uno de sus escritos de prisión, Gramsci la definía como 'dominio' y 'dirección intelectual': "Un grupo social es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines o aliados. Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (...) luego, cuando ejerce el poder y aunque lo mantenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo dirigente" (*Antología*. México: Siglo XXI, pág. 486).

BIBLIOGRAFÍA REVISADA

Movimientos Sociales y Estado:

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. Londres: Verso, 1991 (1983).
- Anderson, Perry. *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid: Siglo XXI, 1985.
- Castells, Manuel. *The Power of Identity*. Oxford: Blackwell, 1997.
- Cohen, Jean. "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, Vol 52, No. 4, Invierno de 1985.
- Corrigan, Philip y Derek Sayer. *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*. Oxford: Basil Blackwell, 1985.
- Dalton, Russell J. y Manfred Kuechler (eds.). *Los nuevos movimientos sociales*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1992.
- Gellner, Ernest. *Postmodernism, Reason and Religion*. Londres: Routledge, 1992.
- Goodwin, Jeff y James M. Jasper, "Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory", manuscrito de marzo de 1998, próximo a aparecer en *Sociological Forum*.
- Gramsci, Antonio. *Antología*. México: Siglo XXI.
- Habermas, Jürgen. *The New Conservatism. Cultural Criticism and the Historians' Debate*. Cambridge (Mass): MIT Press, 1989.
- Hobsbawm, Eric. *On History*. New York: The New Press, 1997.
- Johnston, Hank y Bert Klandermans (eds.). *Social Movements and Culture*. Minneapolis: University of Minnesota, 1995.
- Laraña, Enrique, Hank Johnston y Joseph Gusfield (eds.). *New Social Movements From Ideology to Identity*. Philadelphia: Temple University, 1994.
- Macciocchi, María Antonietta. *Gramsci y la revolución de occidente*. México: Siglo XXI, 1977.
- Meheu, Louis (ed.). *Social Movements and Social Classes, the Future of Collective Action*. Londres: Sage, 1995.
- Mellucci, Alberto. *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University, 1996.
- Moore, Barrington. *La injusticia: Bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: UNAM, 1989.
- Mouffe, Chantal y Ernesto Laclau. *Hegemony and Socialist Strategy*. London: Verso, 1985.
- Mouffe, Chantal. *The Return of the Political*. London: Verso, 1993.
- Offe, Claus. "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics", *Social Research*, Vol 52, No. 4, invierno de 1985.
- Offe, Claus. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: editorial Sistema, 1992.
- Parsons, Talcott. *El sistema social*. Madrid: Biblioteca Revista de Occidente, 1976.
- Sewell, William H., "Collective Violence and Collective Loyalties in France: Why the French Revolution Made a Difference", *Politics and Society*, Vol. 18, No. 4, 1990.
- Scott, James. *The Moral Economy of Peasants*. New Haven: Yale University, 1976.
- Scott, James. *Weapons of the Weak*. New Haven: Yale University, 1985.
- Scott, James. *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University, 1990.
- Scott, Joan. *Gender and the Politics of History*. Nueva York: Columbia University, 1988.
- Tarrow, Sidney. *Power in Movement, Social Movements, Collective Action and Politics*. Cambridge: Cambridge University, 1997 (1994).
- Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica, 1981.
- Thompson, E. P. *Customs in Common*. New York: New Press, 1993.
- Tilly, Charles. *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1992*. Cambridge: Blackwell, 1993 (1990).
- Tilly, Charles. *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*. Cambridge (Mass): Harvard University, 1995.
- Tilly, Charles. *Roads from Past to Future*. Lanham (Maryland): Rowman y Littlefield, 1997.
- Touraine, Alain. *¿Qué es la democracia?*. Madrid: Temas de Hoy, 1994.

Movimientos sociales en América Latina:

- Álvarez, Sonia y Arturo Escobar (eds.). *The Making of Social Movements in Latin America*. Boulder: Westview Press, 1992.
- Álvarez, Sonia, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds.). *Cultures of Politics, Politics of Culture (Revisioning Latin American Social Movements)*. Boulder: Westview, 1998.
- Assies, Willen, Gerrit Burgwal y Ton Salman. *Structures of Power, Movements of Resistance. An Introduction to the Theories of Urban Movements in Latin America*. Amsterdam: CEDLA, 1990.
- Baño, Rodrigo. *Lo social y lo político: Un dilema clave del movimiento popular*. Santiago de Chile: FLACSO, 1985.

- Calderón, Fernando. *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en latinoamérica*. México: Siglo XXI, 1995.
- Cooper, Frederick (ed.). *Confronting Historical Paradigms*. Madison: University of Wisconsin, 1993.
- Eckstein, Susan (ed.). *Power and Popular Protest*. Berkeley: University of California, 1989.
- Foweraker, Joe. *Theorizing Social Movements*. Londres: Pluto, 1995.
- French, John D. y Daniel James (eds.). *The Gendered Worlds of Latin American Women Workers*. Durham: Duke University, 1997.
- Hammond, Jack. "Retaliatory Violence against Agrarian Reform in Brasil", Ponencia a la Conferencia sobre América Latina organizada por New School, Nueva York, abril 17 de 1998.
- Joseph, Gilbert y Daniel Nugent (eds.). *Everyday Forms of State Formation*. Durham: Duke University, 1994.
- Katz, Friedrich (ed.). *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*. Princeton: Princeton University, 1988.
- Lechner, Robert, "Los nuevos perfiles de la política", *Nueva Sociedad*, No. 130. mayo-abril de 1994.
- Mallon, Florencia. *Peasant and Nation*. Berkeley: University of California, 1995.
- Nugent, Daniel. "Northern Intellectuals and the EZLN", *Monthly Review*, julio-agosto, 1995.
- Roberts, Kenneth M. "Beyond Romanticism. Social Movements and the Study of Political Change in Latin America", *LARR*, Vol. 32, No. 2, 1997.
- Slater, David (ed.). *New Social Movements and the State in Latin America*. Amsterdam: CEDLA, 1985.
- Touraine, Alain. "Éxitos y límites de la democratización en América Latina", *LASA Forum*, Vol XXVIII, No. 2, verano de 1997.
- Touraine, Alain. "De la mañana de los regímenes nacional-populares a la víspera de los movimientos sociales", *LASA Forum*, Vol XXVIII, No. 3, otoño de 1997.
- Wade, Peter. *Race and Ethnicity in Latin America*. Londres: Pluto, 1997.
- Weinstein, Barbara. *For Social Peace in Brazil. Industrialists and the Remaking of the Working-class in Sao Paulo, 1920-1964*. Chapel Hill: The University of North Carolina, 1996.

.....

Movimientos sociales en América Latina